

La Esfera

Año XI

Núm. 570



CAMARAFLO

«La Concepción», cuadro original de Murillo (MUSEO DEL PRADO)



QUE AGRADABLE

para los ojos deficientes es la substitución de los ordinarios cristales correctores por los modernos cristales Punktal Zeiss, que reproducen sobre la retina imágenes de perfecta claridad en todas direcciones de la mirada. El gran campo visual de los cristales Punktal Zeiss y la libertad que proporcionan a la movilidad de los ojos, suprimen el sentimiento de inferioridad que nace de la insuficiencia de los antiguos cristales.

**CRISTALES PUNKTAL
ZEISS**

para gafas y quevedos

Los buenos ópticos suelen tener en depósito los cristales Punktal. Pídanse a Carl Zeiss, Jena (Alemania), el folleto Punktal 192. Entrega gratis.



CALCETERAS

Os interesa conocer el **APARATO REFORZADOR** de talón alto y planta del pie aplicable a todas las májinas rectilíneas á mano, con lo que daréis consistencia á las medias y venderéis cuantas os sea posible fabricar.

PARA DETALLES AL INVENTOR
J. CARRATALÁ CLIMENT
Fábrica de Medias y Calcetines **ALCOY**

Crème Simon

Tendréis siempre un color puro y diáfano, una piel suave y fina empleando la **CRÈME SIMON** PARIS

Preparada con productos puros, de perfume agradable, resulta insustituible en el tocador de toda mujer que celosa de su belleza, quiere conservar la frescura y transparencia de la piel.

POLVOS y JABÓN

HESPERIA Revista teosófica
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y correspondientes.

**LEA USTED
EL MARTES
AIRE
LIBRE**

La mejor Revista de deportes que se publica hoy en :: :: España :: ::

50 céntimos ejemplar



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 316 BARCELONA

TAPAS

para la encuadernación de **La Esfera** confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al 1.º y 2.º semestres de 1923

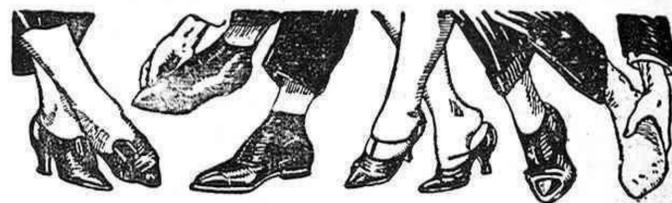
De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre Para envíos á provincias añádanse 0.45 para franqueo y certificado



Lea usted los miércoles

Mundo Gráfico

30 cts. en toda España



POR QUE LOS PIES SON LOS PRIMEROS EN FATIGARSE

Cómo deben curarse los diferentes males de pies que aumentan vuestro cansancio

¿No son las botas lo primero que se quita Vd. al volver á su casa cansado después de un día de trabajo, por un largo paseo ó por haber salido de compras? ¡Por fin, qu alivio...! La explicación es sencilla: si Vd. se queda durante varias horas en pie, ó si tiene que andar mucho, la sangre afluye á sus pies, los cuales, al mismo tiempo que se congestionan, se hinchan y se calientan considerablemente. La presión del calzado basta para atormentarle atrozmente y aumentar los efectos de la fatiga.

Para conservar los pies en perfecto estado, para curar de una vez para siempre todos los males de pies que aumentan el cansancio y producen tantas molestias, basta sumergir los pies en tres ó cuatro litros de agua bien caliente, donde se haya disuelto un puñadito de Saltratos Rodell. El agua ligeramente oxigenada por estas sales naturales concentra- das adquiere propiedades curativas que tonifican los pies, descongestionándolos, y hacen desaparecer toda hinchazón y magullamiento, así como toda sensación de quemazón y dolor. Una inmersión más prolongada reblandece los callos más resistentes y las durezas más dolorosas, á tal punto que pueden arrancarse fácilmente sin navaja ni tijera, operación siempre peligrosa.

Los baños saltratados conservan en perfecto estado los pies: disminuyen notablemente el cansancio de los mismos y permiten usar el calzado más estrecho con la misma comodidad que las zapatillas.

NOTA: Los Saltratos Rodell se venden en todas las farmacias. Para evitar en años extiñanse siempre los verdaderos Saltratos. Las falsificaciones que le ofrezcan para reemplazarlos carecen de valor curativo.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Diríjase á Hermosilla, número 57.



LA CINTURA IDEAL

«Nhèos» se utiliza como prenda de uso corriente de vestir. Tres fuerzas regresivas. Obesidad, vientres caídos, ptosis y para mantenimiento de la perfecta esbeltez. Sus componentes elásticos no ocasionan ninguna molestia. Pida folletos, adjuntando sello Correo 0.35, á

Instituto Ortopédico
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

Agentes exclusivos de esta publicación en la **ISLA DE CUBA:**

“LA MODERNA POESÍA”

Pi y Margall, 135-139
HABANA



LA MEJOR SOPA

Publicidad



*Una maravilla secular y
una maravilla moderna.*



*Fiat Hispania S. A.
Avenida del Conde Peñalver, 19
Madrid*



¡Felicidad!

Una madre tiene cuatro hijos que nunca están enfermos:
 ¡A qué se debe tanta felicidad!
 A que una vez, hallándose el hijo mayor débil, raquítico y a un paso de la tuberculosis, le dió éste excelente Jarabe y no sólo salvó su vida sino que le convirtió en un muchachote vigoroso y rebosante de salud.

Desde entonces, en aquel feliz hogar, se desconocen las enfermedades tan comunes en la infancia, porque la madre, con admirable previsión, no deja un solo día de dar a sus hijos el imponderable

Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD



35 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina

AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
 En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

EL MAS PODEROSO
 DE LOS
TÓNICOS



cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

La estela de Don Juan

por

Emilio Carrère

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

Calidad en los autores

Cantidad en la lectura

Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

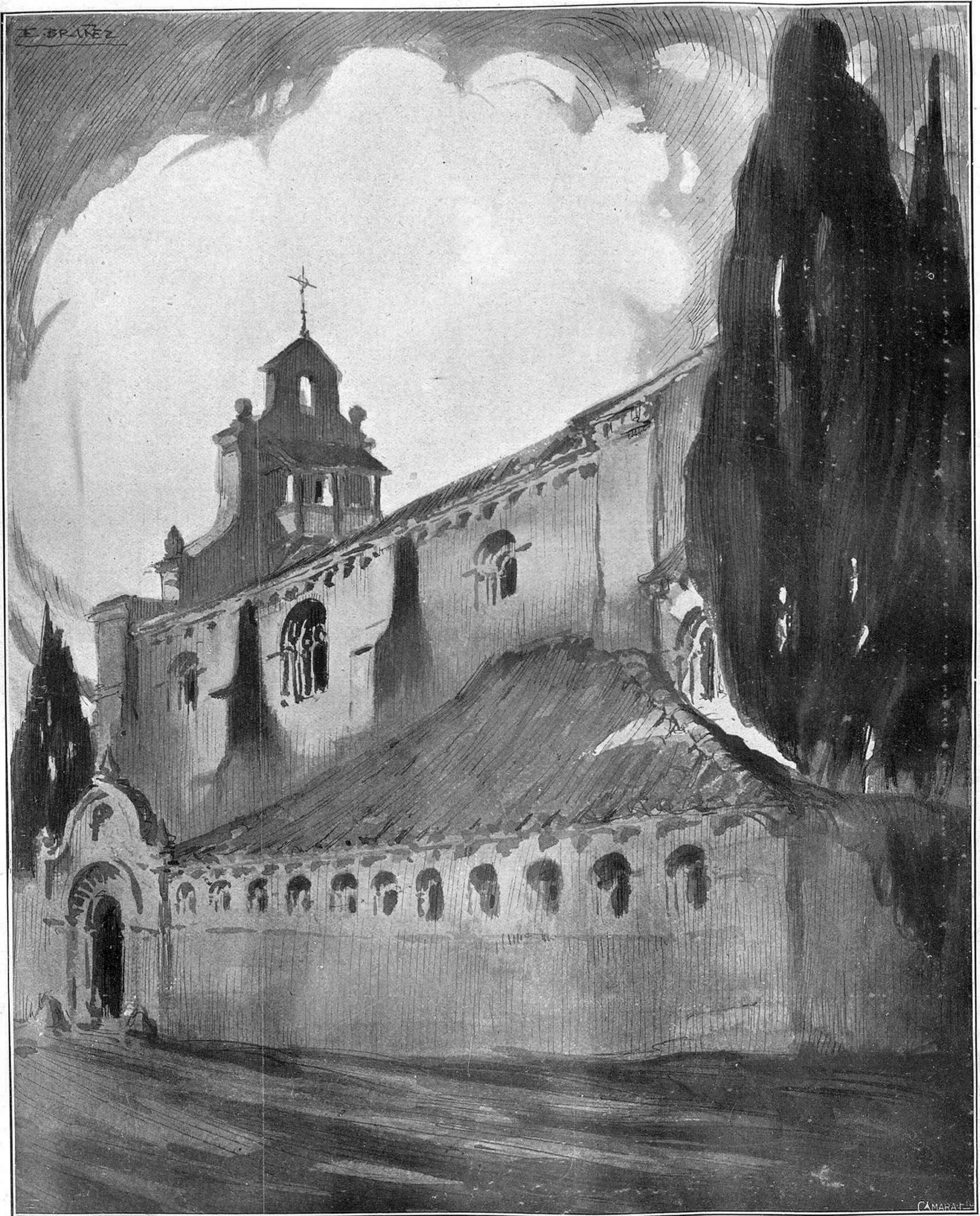
La Novela Semanal

30 céntimos ejemplar en toda España

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



La bellísima iglesia de Santiago el Viejo, en Zamora

DIBUJO DE BRÁÑEZ

UN CORTEJO FÚNEBRE: EL GENERAL SERRANO



UN cronista de pluma sensible y entusiasta lamentaba hace pocos días la frialdad con que el pueblo, en general—el pueblo de blusa, de americana ó de chaquet—, veía pasar por las calles á los mutilados de la guerra. En nombre de toda España, y especialmente de Madrid, es necesario rectificar esa idea. El pueblo demuestra, aprovechando toda ocasión, un interés extraordinario por los que en cumplimiento de su deber quedaron inutilizados en la campaña de Marruecos. Basta ver la solícita atención con que se les sigue y se les ayuda en el metro, en el tranvía, en los establecimientos públicos; basta oír los comentarios que despierta su paso, especialmente entre las mujeres del pueblo, que expresan con mayor espontaneidad y en alta voz sus sentimientos.

Lo que no se hizo hasta ahora, porque el género de guerra es muy distinto, es rodear la figura de los mutilados de aquella aureola de entusiasmo patriótico que llevaron á París los *poilus* del año 14. Repárese en que ha sido preciso acudir al ejemplo de la gran guerra para encontrar el caso de la colaboración popular en esa gran tarea de justicia. Inglaterra en la campaña del Transvaal, Francia en las de Argelia, tampoco llegaron á la sublime expresión del afecto hacia sus héroes que demostraron luego en la más alta ocasión de este siglo. Entonces no sólo era un sentimiento de compasión hacia aquellas juventudes truncadas en flor, sino también un impulso de acción heroica, traspasado de pecho en pecho á todos, no sólo al soldado combatiente, sino al último ciudadano, á la más humilde mujeruca de la calle. La guerra ponía á prueba todas las virtudes del pueblo. De una parte y de otra—en Berlín y en Viena ocurría lo mismo—las grandes ciudades sentían el peso de su responsabilidad y comprendían que aquellos muchachos, víctimas de la guerra, se habían sacrificado por ellas.

Ni siquiera fué preciso razonar el impulso de cariño y de admiración que les llevaba á glorificarles. Les bastaba con sentirlo y con demostrarlo mediante hechos.

La hospitalización, las pensiones, los sanatorios de convalecientes, las fiestas y subcripciones tuvieron siempre una extraña y conmovedora mezcla de alegría y de severidad. Se organizó el concurso, la asistencia privada, sin ruido y con eficacia. Todo contribuyó á ello, desde el esfuerzo del Estado hasta el último *sous* ó el último marco de las niñas de las escuelas públicas. Quizá sea ésta una de las grandes glorias de la guerra, ó, por lo menos, uno de los mayores motivos de disculpa en medio de la espantosa carnicería. Si las armas, impasibles y ciegas, cumplían como fuerzas de la Naturaleza su fin de destrucción, los pueblos que las forjaban conservaban sentimientos de ternura y de gratitud hacia sus hijos. El empeño en que se hallaban metidos era grandioso. De un lado y de otro se trataba de la salvación de la patria y de su destino inmediato. ¡Morir ó vencer! Cada inválido que atravesaba las calles con sus muletas era un testimonio viviente de la voluntad de vencer.

El pueblo no es capaz de crearse sentimientos por reflexión, y le bastan las emociones espontáneas y naturales. Pero esto no quiere decir que vea pasar con frialdad á nuestros mutilados de la guerra de Marruecos. Ciertamente que la faja de mar que nos separa de Africa da cierta impresión de lejanía á la campaña y que la tradición de las guerras coloniales—hasta Cuba y Filipinas—continuaba la otra gloriosa tradición de las guerras de Flandes y de Italia, en países ajenos. Hasta al regreso de los soldados del 98, es decir, hasta la repatriación, no se dió exacta cuenta de lo que había pasado. Y hoy todavía sigue viendo el Rif como antes veía la Manigua. Faltan, pues, algunas circunstan-

cias—las más importantes—para que sea igual la emoción que despierta en las gentes el paso de un inválido.

Ahora hemos visto desfilar el cortejo fúnebre. El cadáver del general D. Julián Serrano Orive ha sido conducido desde la estación del Mediodía al Cementerio de la Almudena. Antes había atravesado la zona de guerra, el mar, y media España hasta llegar al sitio en que reposarán sus gloriosos restos. Las circunstancias dolorosas en que nos hallamos no han querido que el homenaje al valiente soldado tenga la grandeza que corresponde á su sacrificio; pero si es difícil substituir con las pobres líneas de un artículo periodístico todo lo que falta, no hemos de quedarnos con el remordimiento de haber sido culpables de un olvido que estamos muy lejos de sentir. Hemos saludado al pasar el cadáver del general Serrano.

El ha traído á Madrid la guerra, que, a un estanco tan cerca, pueden considerar algunos como muy lejana. Más que las noticias oficiales y que los telegramas de la Prensa, obligada á constantes reservas, sirve al sentimiento popular el paso del cortejo.

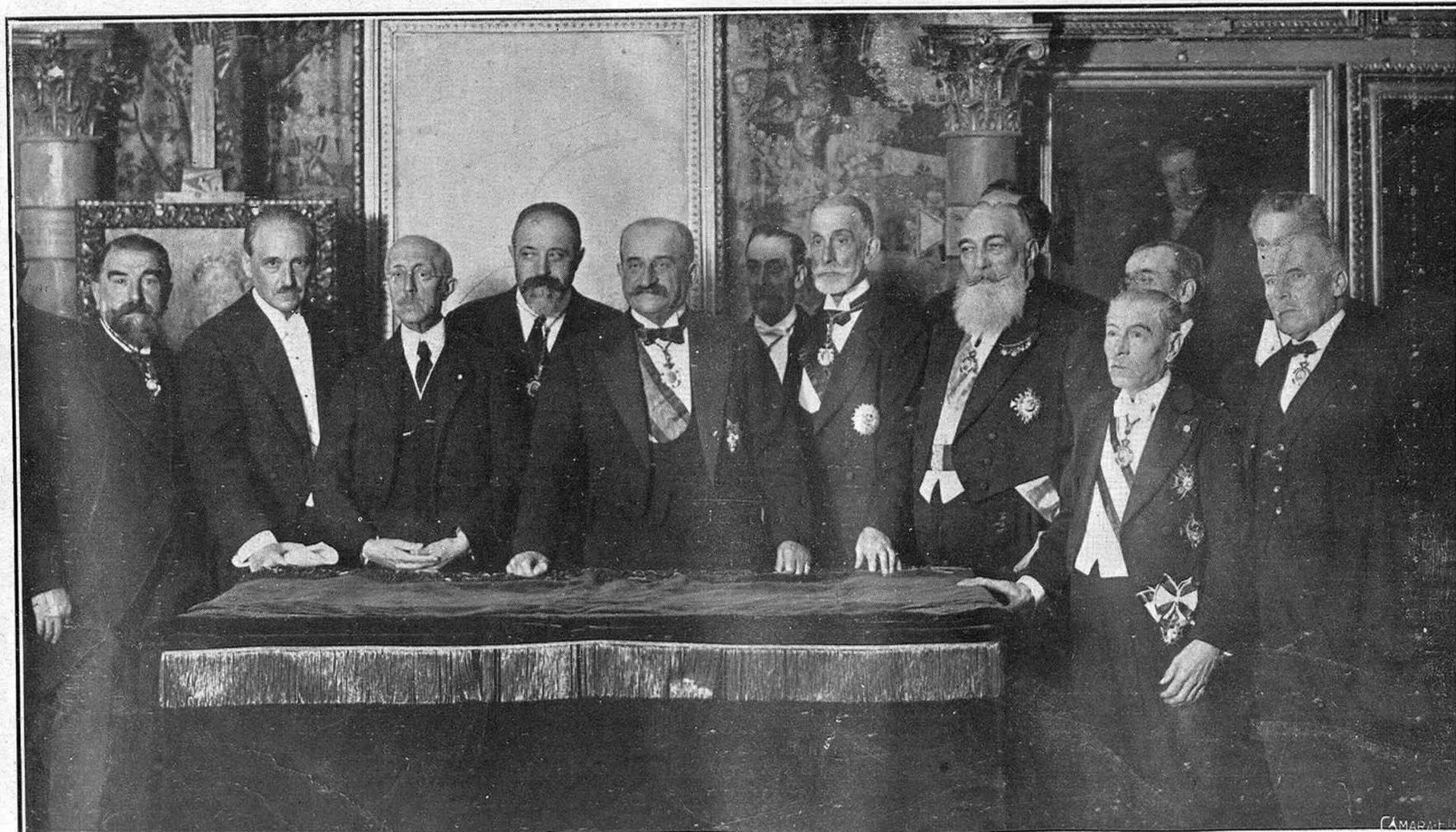
Es imposible ya separarse de la idea de la guerra, alejarse más en espíritu, inhibirse de toda relación. Con los restos del general Serrano entra en Madrid el ambiente de los últimos combates, que serán conocidos por el pueblo; pues si está aquí el testimonio inerte, pero material, de la lucha, no dejarán de llegar los relatos extensos y completos. En la guerra cubana y filipina era mucho más lenta la comunicación; pero en ésta es casi inmediata la transmisión de noticias y de impresiones. Quizá nunca como este día hemos sentido llegar hasta las calles de Madrid el viento de Africa.

LA ACTUALIDAD ARTÍSTICA



Personalidades que concurrieron al solemne homenaje celebrado el 29 del pasado en memoria del insigne escultor Mateo Inurria, y al que asistió la viuda del malogrado artista

FOT. DÍAZ



Presidencia de la sesión celebrada el 30 del pasado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando para dar posesión al académico electo D. Rafael Doménech, ilustre crítico de arte

CAMARAFIL



Al darse cuenta Felipa de que iba á ser madre no experimentó la menor sorpresa, pues desde que se puso en amores con Anselmo ya contaba ella con eso. Detrás del hombre que la cortejaba, su imaginación, insidiosamente influída por el genio de la especie, veía de cuando en cuando la prole futura. Sin embargo, como el secretamente anhelado bien se retrasaba, Felipa empezó á dudar. «¿No conoceré la dicha de tener hijos?», solía preguntarse cavilosa en las horas de inevitable aislamiento que todas las mujeres pobres conocen. La amenaza de la esterilidad inundaba su alma de despecho y de amargura. Tan inquieta llegó á ponerse y tan desmejorada la vió su marido, que entrambos resolvieron consultar al médico. Este, que iba ya para viejo y que no parecía muy impaciente por asistir á un nuevo aumento del vecindario de la aldea, se encogió de hombros al recibir la visita de los esposos, contentándose con decirles:

—¿Qué prisa tenéis? Ya vendrá el hijo, y quizá más de uno. Eso es más probable que una herencia.

Defraudados á medias por la incertidumbre del pronóstico, Anselmo y Felipa acudieron en busca de más firmes seguridades al cura del lugar, y aunque don Sebastián—así se llamaba el párroco—no desconocía el origen meramente humano de la paternidad, les aconsejó que pusieran sus esperanzas en Dios.

—El que todo lo sabe y todo lo puede resolverá si os conviene tener familia. Con que ya lo habéis oído; á Dios rogando y con el mazo dando...

Y, acompañando á sus palabras con una sonrisa un tanto socarrona, les volvió la espalda.

No satisfechos aún del éxito de aquellas consultas llamaron á la puerta de una vieja curandera que gozaba en el burgo reputación de iluminada. Era un armazón de huesos revestido de una piel renegrida y rugosa, con un hirsuto penacho de canas. Su fantástico aspecto amedrentaba. La bruja, luego de reconocer someramente á Felipa y de haber examinado con una penetrante ojeada al marido, recomendó á la mujer unas extrañas fórmulas rudimentarias, y al hombre que bebiera sin tasa el agua de un cocimiento de trigo, maíz y cebada, remedio y panacea maravillosa superior á todo lo conocido según la interesada pitonisa.

Felipa y Anselmo se atuvieron estrictamente, con el entusiasmo que les daba la superstición, á aquel plan terapéutico, que no pasaba de ser un refrigerante y un diurético, y al cabo de algún tiempo la labradora dedujo de ciertos síntomas hasta entonces ignoradas que el milagro tan anhelado empezaba á operar sus fecundos efectos. Saberse en camino de ser madre y cambiar de humor fué obra de días, tal vez de horas. Sus inquietudes se disiparon y la vida le sonrió. Lo primero que hizo entonces fué llevar dos velas al altar de Santa Ana, madre de la Virgen María, para que dispensase su divina protección al fruto que creía llevar en sus entrañas. El cura, al verla en la iglesia con la ofrenda en las manos, volvió á sonreír, y la dijo:

—Dale á tu marido la enhorabuena. Dios está de su parte...

Anselmo, partícipe de aquella alegría íntima, vigilaba á su mujer para que no comprometiera su salud en los excesos del trabajo.

—Yo creo que estando así no debieras ir á lavar al regato—la dijo un día, más espoleado que otras veces por la preocupación de que no se malograra la dicha que esperaban.

—Por ahora no me cansa el trabajo. No digo que más adelante no lo deje—repuso ella, que estaba en todo.

—Como quieras. Si te fatigas, ya lo sabes... Con dejarlo...

—Sí. Pero ¿y la clientela? No podemos quedar mal con la gente, Anselmo, porque de ella vivimos. Y ahora más que nunca hay que pensar en el mañana...

—Si. Tienes razón. No se puede abandonar la parroquia... Pero, si hiciera falta, iría yo al río...

—¿Tú á lavar la ropa? ¡Calla, hombre! ¡Qué cosas tienes!

Y Felipa rompió á reír de la mejor gana.

Con la mejor voluntad no pudo la mujer llevar hasta el fin la doble pesadumbre de la maternidad y de sus ordinarios quehaceres, porque, contra las previsiones del médico, que se mostraba optimista sin reservas, Felipa empezó á sentir intensamente ciertos trastornos que la hacían sufrir. El nuevo ser que llevaba en sus entrañas parecía ya exponer airadamente su derecho á la vida. Lo más curioso era que aquellas desazones de la labradora no repercutían en su belleza, que se conservaba fresca é inalterable, como en los tiempos de su noviazgo.

Al contrario, la maternidad parecía haberla acentuado, como si la honda alegría del ánimo se reflejase en su rostro. Hay que decir, porque ciertas particularidades físicas de los conyuges no deben ser

ignoradas, que tanto él como ella eran ejemplares que honraban por igual á sus progenitores y á la tierra que los viera nacer. Pelinegra y de ojos claros, tal vez un poco inexpresivos, ancha de caderas y aventajada de talle, Felipa era de esas mujeres que seducen menos por la gracia que por la fortaleza. Un artista hubiera visto en ella la viva reproducción de la Ceres mitológica, con la noble serenidad que muestra la diosa. En cuanto á él, aún siendo menos gallardo de tronco que su mujer, supera á aquella inferioridad con la fibrosa textura de sus músculos, que le permitían echarse á hombros pesos que ningún hastial de la aldea soportaba. Moreno, enjuto y bien proporcionado de líneas, tenía algo de aquellos atletas que sirvieron á Fidias de modelos para las asombrosas metopas del Partenón. Ojizarco y de menudas facciones, que había curtido aún más el sol, tenía en su mirada un no sé qué de cándido y de voluptuoso que no debió pasar inadvertido para la vieja agorera del lugar. Labradores de poca hacienda, Anselmo y Felipa vivían, sin embargo, casi enteramente de lo suyo, porque en su huerto se daba de todo, desde la patata al frutal; pero, atentos al porvenir y movidos de una ambición muy lícita, sumaban á esos bienes naturales los rendimientos de su trabajo forastero. El era ebanista, y, dentro del oficio, de los más hábiles y mejor pagados, y ella, lavandera de las familias pudientes del burgo y de algunos hoteles muy frecuentados en el verano. Bien avenidos y no muy largos de necesidades, los esposos se amañaban para salir del día sin estrecheces, con poco más de lo suyo, ahorrando el remanente con la mira puesta en el ensanche de su predio. Este, abierto en lo más claro de la cañada, comprendía unas tres áreas de tierra, cercada por un varaseto recubierto de ortigas y helechos, que abarcaba todo su contorno. El agor, en aquella vertiente subpirenaica que se asoma al mar, es de una fertilidad tan exuberante que no ha menester de otro abono que el natural del sol y de la atmósfera para que la simiente prenda y arraigue en el surco. Tal vez el aliento del Cantábrico, henchido de yodo, no sea extraño al poder de reproducción del suelo. Fuera de un pradillo, al que las aguas llovedizas prestaban inalterable verdor, no se veía un espacio en la finca que no



hubiera sido removido por el azadón. Una docena de castaños, diseminados sin orden, parecían asumir la custodia del huerto, y de sus frondas, pobladas de nidos, bajaba al romper el día la alegre garrulería de los pájaros. Al amanecer, los esposos echaban un vistazo sobre los plantíos de verdura y los frutales; recogían lo que parecía en sazón por ser del tiempo; daban una vuelta en torno de la casa, mirando las parras que la sombreaban á modo de visera con la trama de sus hojas, y consumido el desayuno, generalmente en silencio, cada uno se iba por su lado; ella con el ajobo de ropa en la cabeza, al río, y él con el herramental debajo del brazo, al taller. Esa existencia rutinaria á que obliga la Naturaleza al campesino infunde á la intimidad familiar una paz que rara vez se turba. Como lo imprevisible no surge nunca ó surge de tarde en tarde y entonces suele presentarse con la solemnidad de lo irrevocable, porque es el dolor que altera la salud, la pérdida del ser querido ó el meteoro que devasta las mieses, el ánimo se destempla y esa monotonía doméstica sin sobresaltos que hacía enfermar de tedio al hombre, hecho á las frivolidades de la urbe, acaba por adquirir el semblante de la dicha. Anselmo y Felipa no ambicionaban más de lo que Dios se había adelantado á darles, y que un poeta, un tanto infantil, ha resumido en una sola estrofa:

«Una heredad en el campo;
una casa en la heredad,
y en la casa pan y amor.
Esa es la felicidad.»

Es decir, algo más le pedían: un hijo...

•••••

Al venir al mundo Juanito trajo la sana encarnadura y la robustez de sus padres. La matrona, al recibirlo en sus brazos, no pudo menos de exclamar: «¡Es un ternero!» Era el elogio que sonaba mejor en los oídos de los padres. Otra particularidad que llamó la atención de la partera fué que la criatura no lloraba. Manoseos, sacudidas, aspersiones de agua fría sobre el cuerpo, todo fué inútil. Las lágrimas infantiles no brotaron. Una mujeruca de la vecindad, de las que curioseaban en la casa, llegó á pellizcarlo, con el mismo negativo resultado.

—¿Pues? Y eso, ¿qué quiere decir?—preguntó el padre, un poco asustado.

—Nada. Nada. Pero me extraña que no lllore... Es la primera vez que me ocurre eso...

—¡Sí que es raro!—dijo una vecina.

—¿Y á la fuerza hay que nacer llorando?—volvió á preguntar Anselmo.

—¡Toma! Como que ya lo indica el Catecismo: «Gimiendo y llorando...»—replicó la mujeruca.

—Ya llorará cuando sea más grande—repuso el padre, sin figurarse que estaba oficiando de filósofo.

La lactancia de Juanito fué para su madre coser y cantar, pues no le dió siquiera una mala noche. Felipa lo miraba mamar con arrobos, y su padre, entre tanto, le hacía carantoñas que el niño no comprendía, pues le dejaban indiferente. Su resistencia á sonreír empezó á llamar la atención de los padres tanto como á la comadrona la sequedad de sus lagrimales.

—Yo daría cualquier cosa por ver sonreír á Juanito—decía Anselmo, un poco preocupado.

—Pues yo creo que sonríe á ratos—expuso Felipa con esa facilidad para la ilusión que engendra la ternura apasionada de las madres.

—¡Qué sé yo! ¡Qué sé yo!—replicaba el padre con alguna preocupación.

Por el día, Felipa, que había reanudado ya su vida, se lo llevaba al regato, acomodando al niño, mientras ella lavaba, sobre un montón ne esquilmado, cuidando de no perder de vista á la criatura, por si rebullía. Pero Juanito, como si le hubieran transmitido con el aliento vital el horror del movimiento, se estaba quietecito, sin dar muestras de la menor agitación. La madre, alarmada por aquel modo de ser del niño, que chocaba á todo el mundo, se decidió á llevárselo al médico.

—Don Salustiano: este niño no llora, ni se ríe nunca. ¿Qué le parece á usted?...

—Sí que es raro. Pero, en fin, no te asustes, porque tu hijo está más sano que tú—dijo el médico, después de examinarlo detenidamente.

—Además, cuando lo dejo en cualquier parte, se está quietecito como en misa. Todo lo que hace es mover las manitas un poco, y eso no siempre. ¿Qué le parece á usted que le dé para animarlo?

El médico, perplejo, callaba.

—Oye: ¿cada cuántas horas le das de mamar?...—preguntó, al fin.

—Como usted me dijo. Cada dos horas.

—Bueno. Pues esta tarde prueba á dejar más tiempo entre teta y teta... Veremos si protesta...

—¿Y no se resentirá del hambre? ¡Porque mire usted que si se me debilita!

—¡No seas estúpida, mujer! Haz lo que te he dicho. Esta tarde ponle un poco á dieta... Yo te respondo de que al niño no le pasa nada...

El consejo fué acertado. Aquella tarde Felipa se quedó en casa entreteniendo en zurcir las camisas y los calcetines de su marido. El niño, que dormía en su cuna á pocos pasos de ella, despertó de pronto y su boquita se dilató en un bostezo. Luego sus bracitos se agitaron un momento en el aire. Felipa se fijó en el reloj.

—Son las cuatro, y hace justamente dos horas que el niño no toma su tetita. Es evidente que el pobre ángel tiene hambre—se dijo la madre, interpretando á su modo el bostezo y el manoteo de la criatura. Ya se disponía á desabrocharse la blusa para darle el pecho, cuando las palabras del médico volvieron á sonar en sus oídos. «¡Y si tuviera razón don Salustiano! Voy á probar... Después de todo, si le veo muy inquieto, le doy de mamar, y aquí no ha pasado nada.»

Así transcurrió una hora de mortales incertidumbres para Felipa. El niño había vuelto á dormirse sin haber hecho ningún gesto que pudiera indicar que reclamaba su ración de leche. «¿Se me habrá desmayado de debilidad?—pensó la madre con angustia—¡Maldita sea la hora en que hice caso del médico! En cuanto abra los ojos el nene le pongo la teta en la boquita.»

En el colmo de la inquietud, al ver que el sueño de Juanito se prolongaba, Felipa no hacía más que pedir á Dios que llegase su marido para echar sobre él la mitad de su angustia. Anselmo aportó al fin por casa á la hora de costumbre, esto es, á prima noche.

Su mujer le salió al encuentro toda deshecha por la turbación.

—¿Pues? ¿Pasa algo?—preguntó Anselmo desde el huerto.

—Que el niño no ha mamado desde las tres, y son ahora las siete... No hace más que dormir... ¿Qué te parece?...

El ebanista no pareció conmoverse por aquellas palabras. Al menos su fisonomía no se inmutó, lo cual tampoco era señal de que no le turbase por dentro la aflicción de su mujer, sino de que su sensibilidad reaccionaba lentamente. El espíritu de Anselmo era como esos relojes de torre que, aun después de apuntar la hora, espacian tanto las campanadas que concluyen por impacientarnos.

—¡Ah! ¿De modo que te quedas así, tan fresco?—le reconvinó ella, sin poder dominar su nerviosidad.

El hombre avivó el paso, cruzando de prisa el haza, que se extendía por delante del caserío, y en dos minutos los esposos emparejaron en el ancho portalón, sobre el cual caía el parral como una visera.

Ya iban á entrar, cuando ella, cogiéndole de un brazo, le detuvo.

—Pero ¿es que no oyes?... El niño está llorando...

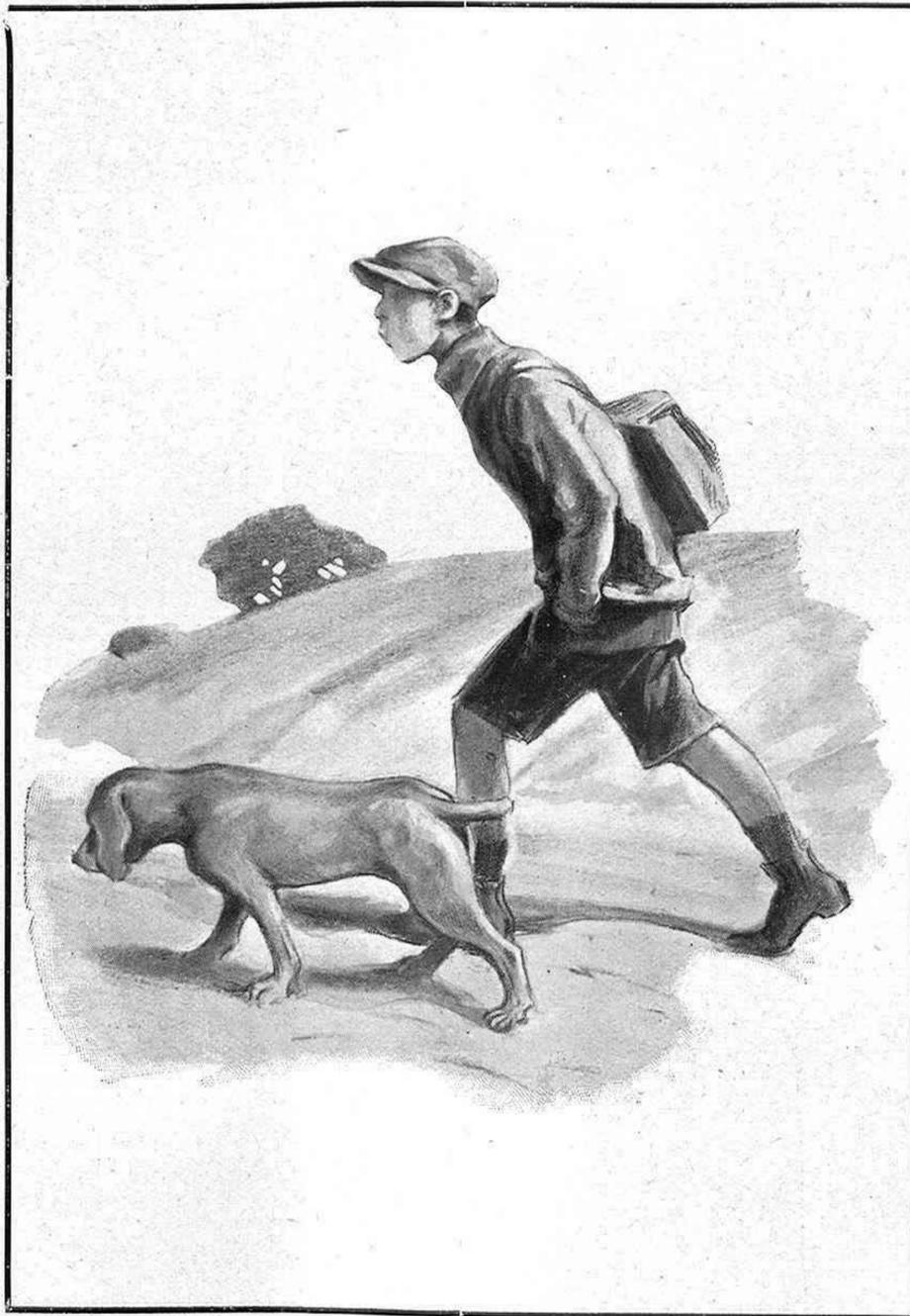
Dentro, la criatura gemía en su cuna, elevando progresivamente el tono, como si protestase de su desamparo.

—Ya oigo. El niño está llorando. Dale la teta—dijo Anselmo con su habitual brusquedad.

La madre corrió á la alcoba, y arrancando á la criatura de la cuna la levantó en el aire, besándola después apasionadamente; pero como Juanito no cesaba de berrear, el padre intervino:

—Anda. Déjate de hacerle fiestas, y dale el pecho.

Así que empezó á mamar el niño se calmaron



su malhumor y su llantera. Sus labios se agitaban con voracidad y sus manitas, aprisionando los bordes del justillo maternal, parecían expresar su resolución de no desprenderse de la teta en mucho tiempo.

—Espacio, tragón, espacio. Que te vas á ahogar—decíale la madre con mimo que sonaba á reconvencción.

Al cabo de diez minutos Juanito soltó la teta y se puso á mirar á su madre. Su boquita sonreía con el gesto victorioso del que ha satisfecho su apetito.

—Pero ¿no le ves qué guapo? ¡Si se está riendo!... Y Felipa, alborozada con aquella revelación del contenido infantil, sintió que las lágrimas se la venían á los ojos.

—Anda. Corre y dí á las vecinas que el nene se está riendo—ordenó Felipa á su marido.

—¡Calla, mujer! Nos van á tomar por tontos... Con que lo veamos nosotros basta.

Desde aquel día la madre supo que para que el niño llorase había que retrasarle la hora de la teta, y que en cuanto mamaba á su gusto, quedándose satisfecho, la risa iluminaba sus tiernas facciones, y ese descubrimiento la hizo feliz.

El niño, fiel á los antecedentes de salud de su casta, se criaba fuerte y sin los achaques que desazonan con frecuencia á las criaturas. Pasó del pecho á la papilla sin rebeldía, y la dentición sobrevino sin esos aflujos de baba que provocan á menudo en la infancia trastornos intestinales y manchas en la piel. Por ese lado sus padres estaban contentos. Pero la madre advertía con gran contraiedad que Juanito no estaba casi nunca alegre. Ella hubiera querido verle agitarse, saltar y reír como á todos los niños de su edad, y para despertar aquellas expansiones lo llevaba á los caseríos del contorno en que había criaturas, con la esperanza de que se animase. Todo era en vano. El niño, sin ser hurano, mostrábase retraído y taciturno, y cuando sus amiguitos le instaban á que participase de sus juegos, poníase agresivo y amenazador. Tan poco sociable era que sus amigos acabaron por rehuir su trato. Felipa, cavilosa, no sabía ya qué hacer para distraerle. Su padre, no menos preocupado de la precoz seriedad de la criatura, trajo de la capital

varios juguetes: un caballo, una pelota, una escopeta, un cañón diminuto que se disparaba automáticamente. Anselmo y Felipa, escondidos detrás de una puerta, observaban el efecto que iba á producir en su hijo el hallazgo de aquellos juguetes, traídos sin previo anuncio del bazar, para que le sorprendiesen. Pero Juanito se contentó con examinarlos detenidamente, sin hacer la más ligera manifestación de alegría. Aquellos chirimbolos no le interesaban.

—¡Ay, Anselmo!—exclamó la madre, compungida, al comprobar la indiferencia del niño ante los juguetes—¿A que no sabes lo que se me está ocurriendo?

—¿Pues? No sé lo que piensas... Tú dirás...

—Que Juanito va á tener vocación de cura ó quiénsabe si de fraile... Estos niños así tan apagados suelen parar en un convento...

—¿Pues? ¿Por qué dices eso? El cura del pueblo bien alegre es y ahí le tienes diciendo misa... Al chico, si le da por ahí, ya le quitaremos la idea de la cabeza...

Por aquellos días apareció en el caserío un pariente de Felipa que vivía á unas cinco leguas del burgo. Era un aldeano rico que estaba siempre al acecho de fincas por vender ó subastar, para luego de mejoradas revenderlas. Traía un perro de caza. Verlo Juanito y brincar de alegría fué todo uno. Resueltamente, y sin un minuto de vacilación medrosa, se dirigió corriendo al encuentro del animalito. El perro lo acogió sin recelo, y al sentir la primera caricia del niño empezó á rabeear de contento. Felipa y Anselmo se miraron con asombro.

—Oye—dijo la mujer á su pariente—: ¿por qué no nos regalas ese perro?...

—¿Regalar el perro?—preguntó entre admirado é irónico el lugareño—Ni por cuarenta duros lo vendería... Además, aunque yo os lo dejara sería en balde... En cuanto lo soltáseis vendría á buscarme... De cachorro se lo quise regalar al señor duque de Tolosa, que me lo había pedido... Bueno; pues el animalito, que ya

estaba en su poder, rompió la cadena y se escapó... Cuando le vimos entrar en casa medio muerto nos quedamos con la boca abierta... Había andado más de ocho leguas... No podría, aunque quisiera, deshacerme de él...

—Bueno. Si es por dinero no lo dejes... Te daremos los cuarenta duros...—dijo Anselmo, pensando en la alegría del niño, que no se apartaba del animal.

El pariente, un tanto molesto por aquella insistencia, cabeceó negativamente.

—No os empeñéis... No le doy el perro ni al rey si me lo pide... ¡Bartolo! ¡Acá!—gritó imperativamente, como para dar fe de su dominio sobre el animal.

Este, desentendiéndose de Juanito, acudió con presteza á su amo.

—Mira—añadió el lugareño apesadado por la contrariedad de su prima—. Yo os prometo mandaros un perro... No será de esta raza, pero no quedaréis descontentos... ¿Es que te vas á meter á cazador, Anselmo?...

—No, hombre. Yo no tengo tiempo ni afición para esas cosas... Eso se queda para los ricachos como tú... Quería el perro porque le divierte al niño...

Juanito y Bartolo se entendían como si se conocieran de mucho tiempo atrás. A pesar de la imperativa llamada de su amo, el animal miraba al niño con ojos enternecidos y éste no cesaba de hacerle fiestas y de tirarle de la cola. Cuando el pariente se marchó el niño quedó llorando sin consuelo.

—¡Qué bruto y qué egoísta es tu pariente!—exclamó Anselmo.

—No lo creas. Debe tener en mucho al perro cuando no nos lo ha dejado... Pero ya verás cómo cumple su palabra.

No había transcurrido una semana cuando se presentó un aldeano en el caserío. Traía de parte del primo de Felipa un cachorrito de pelo canelo, corto de patas, hocicudo y de orejas lacias. Al verse suelto y en tierra empezó a correr como una liebre por la huerta.

—¡Juanín! ¡Rico mío! ¡Mira quién viene a verte!—exclamó la madre tomando de la mano al nene. Este, un poco amedrentado por la sorpresa, buscaba con los ojos al recién venido, que no hacía más que dar brincos sobre los sembrados.

—¿Cómo se llama el perrito?—preguntó Felipa á aquel hombre.

—*Polín*. No tiene más que un año y ya ha pasado el muermo. Es muy inteligente y come de todo... No le den ustedes azúcar...—contestó el hombre con seriedad.

Desde aquel día Juanito tuvo un amigo y su existencia fué un ininterrumpido holgorio. El animalito no se separaba del niño, comía de su mano y al anochecer tendíase á los pies de su cama. Felipa era feliz viendo contento á su hijo. Por la mañana, después de los quehaceres de casa, se iba al regato á lavar, llevándose á Juanito consigo y *Polín* les daba escolta con ese sentido de la disciplina corriente en los seres de su categoría zoológica y que rara vez se encuentra entre los hombres. Era un animal inteligente, instruido, como sus congéneres, de que la libertad no debe degenerar en libertinaje, á menos de que el amo lo autorice, razonamiento que lo retenía sin moverse en el caserío, que no abandonaba más que para ir al regato. Allí, mientras Felipa lavaba, *Polín* entretenía á Juanito con sus cabriolas y zalamerías. El perro notó, sin embargo, al cabo de algún tiempo que los condumios de casa eran poco variados y dedujo de aquella monotonía que sus amos no andaban sobrados de dinero. Se acercaba el verano y la gente acudía á los hoteles del burgo buscando la brisa del mar. Más por abnegación que por egoísmo, *Polín* sintió la necesidad de hacer de cuando en cuando alguna salida para procurarse fuera de casa

lo que cada día le escatimaban más: el alimento. A medida que iba creciendo Juanito, entretenido por sus deberes escolares, se despegaba del perro; y aunque éste seguía siéndole tan fiel como antes, la atención del niño se repartía entre los renovados afanes de su edad. Ya no era tan metido en sí ni tan taciturno como antes. Las amistades contraídas en la escuela le divertían, y sus padres advirtieron que sin dejar de querer á *Polín*, no le echaba de menos como antes. El animal, con certero instinto de la realidad, barruntó un peligro y se dispuso á afrontarlo. «En cuanto el amito me pierda el cariño—pensó—esta gente no va á querer mantenerme; pero si yo no les soy gravoso continuarán sopor-tándome y así no me apartarán de él. Habrá que buscar, pues, la comida fuera de casa.»

Todas las mañanas Juanito y *Polín* salían juntos, pues la madre, ya crecido el niño, se había desentendido un poco de él, fiando al perro el cuidado de acompañarle hasta la escuela. El trayecto era corto y á través de senderos que separaban unas heredades de otras á manera de lindes naturales. Algunos días el niño se emperezaba distraído por el encanto de las cosas al cual no es insensible el alma infantil, y entonces prefería corretear sobre los prados jugando con *Polín* á sufrir las admoniciones del maestro. Eran los momentos más felices del animalito. De ordinario, sin embargo, Juanito se quedaba en la escuela y el perro se iba de hotel en hotel venteadando la comida. Aquellas incursiones á los patios y las cocinas de los hoteles demandaban astucia y atrevimiento, porque había que sortear dos peligros: la malquerencia de las gentes y la rivalidad de los otros canes. Del uno y del otro iba saliendo *Polito* con varia fortuna, pues en todo el verano apenas si había recibido alguna dentellada sin importancia, que solía pasar inadvertida en casa de sus amos. Lo urgente para él era llenar la tripa á expensas de los fondistas del lugar, ahorrando ese cuidado á los padres de Juanito. Entretanto fueron pasando los años; y el niño, que era ya talludito, no pudo proseguir sus estudios en la aldea, grave problema para Anselmo y Felipa, que aspiraban á hacer de su hijo un hombre de provecho. Tras de mucho reflexionar, los padres de Juanito decidieron confiarlo como interno á los Escolapios de la ciudad, donde se educaban los vástagos de las familias pudientes. A decir verdad, si aquella resolución fué tomada un poco premiosamente, no



era porque la escasez de recursos de Anselmo y Felipa justificase sus vacilaciones. El tiempo, que había contribuido al desarrollo del niño, había llevado también al caserío un cierto bienestar que, sin ser la holgura, daba á los hortelanos facilidad para vivir libres de cavilaciones. Anselmo había ensanchado su finca, adueñándose lícitamente de una de las colindantes, y sus tierras le rendían mucho más. Sólo el perrito no prosperaba. El creciente despego de Juanito y la frialdad de sus padres habían abandonado á *Polín* al azar de lo desconocido. Viejo y medio ciego, el animalito erraba todo el día de heredad en heredad á la husma del alimento, sin atreverse á asomar el hocico por los hoteles, pues la decadencia de sus facultades físicas le había hecho temeroso y desconfiado. Volvía al anochecer al caserío y de un salto transponía el varaseto, metiéndose en su rincón, debajo del parral, porque desde que Felipa y Anselmo habían mejorado de posición no dejaban al perro que durmiera en el interior.

La separación de su hijo costó á Felipa no pocas lágrimas. El padre, más dueño de sí, disimuló mejor la pena.

—Mujer: no te desesperes... En tres horas se va en tren á la ciudad, y en Junio tendremos aquí al niño.

Mientras bajaban el equipaje del niño, *Polín* no hacía más que dar vueltas alrededor del coche que debía conducirlo á la estación, y al verle luego poner el pie en el estribo, empezó á ladrar desesperadamente. Hubo un momento en el que el cochero le apartó de un fustazo, pues el animalito se obstinaba en enredarse entre las patas de las mulas. El carruaje arrancó al fin, y el perro siguió tras él con la lengua fuera, jadeando angustiosamente. La distancia que mediaba entre el caserío y la estación era larga, y *Polín* se fatigaba. Un labriego que lo vió desde una de las márgenes del camino tuvo compasión de él y quiso espantarlo con el bieldo; pero al desviarse el animal, un auto que venía en dirección opuesta se le echó encima. *Polín* no dió siquiera un grito. El campesino hizo un gesto de consternación, y se acercó á ver si respiraba; pero, viéndole muerto, empujó suavemente sus despojos con el bieldo hacia la orilla de la carretera. En el desmayo de la tarde, tenues sombras temblaban en el espacio, como si quisieran adherirse á los árboles. El coche en que iba Juanito se había perdido ya de vista. Sin embargo, aún seguía sonando á lo lejos el cascabeleo de las mulas que lo arrastraban...

MANUEL BUENO

DIBUJOS DE ECHIEA

lo que cada día le escatimaban más: el alimento.

LA CARTUJA DE JEREZ DE LA FRONTERA



Fachada principal de la iglesia de la Cartuja de Jerez

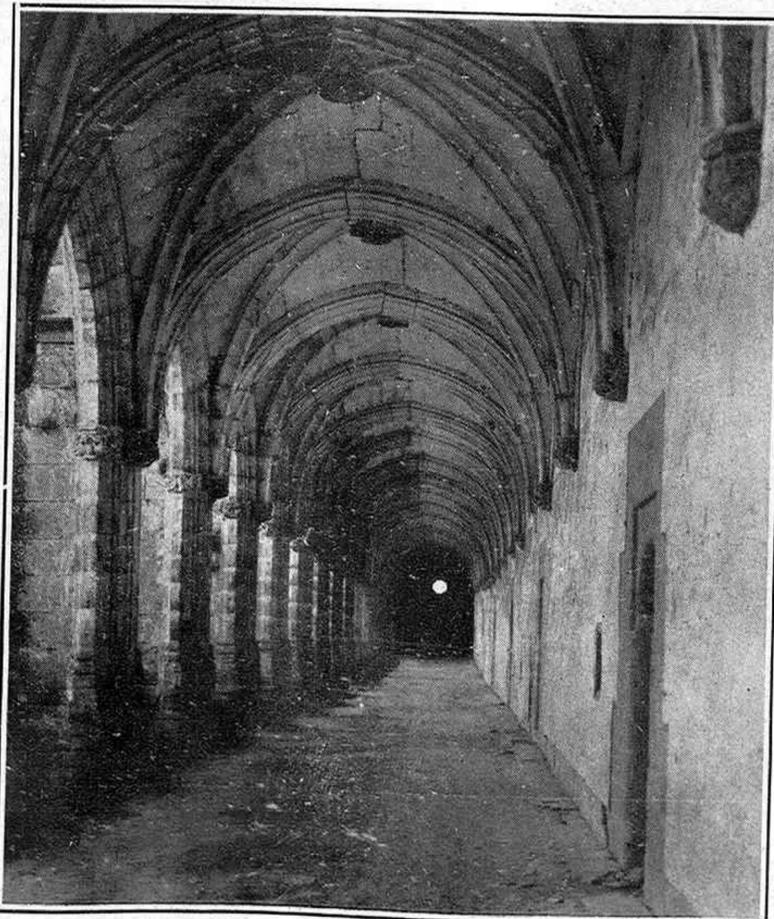
JEREZ de la Frontera, la ciudad de las bodegas famosas, cuenta con un monumento artístico de innegable valor. Es este la célebre Cartuja, tan suntuosa por su iglesia, su claustro, sus jardines, sus fuentes, su sacristía, su sagrario, sus cuadros...

Dice la tradición que en el siglo XIII, en el reinado de Alfonso «el Sabio», salieron los jerezanos contra los moros, ignorando que éstos les preparaban una celada en el lugar llamado «el Sotillo», donde hoy está la Cartuja. De pronto, una luz sobrenatural reveló a los cristianos el lugar en que se ocultaban los musulmanes. Los jerezanos cayeron entonces sobre ellos y los pusieron en completa derrota. En el lugar en que fué vista la luz había una imagen de la Virgen, y allí se edificó una ermita consagrada a Nuestra Señora de la Defensa.

Ya en el siglo XV la Cartuja es fundada por Alvaro Obertos de Valetto. En ella están mezclados el estilo ojival florido y el del Renacimiento.

La fachada principal es de arquitectura grecorromana, y presenta cuatro grandes columnas dóricas estriadas que sostienen un entablamento bajo el cual se abre un espléndido arco de medio punto.

Por esta fachada se penetra á un gran patio, en cuyo fondo se alza la imponente de la iglesia, de orden corintio muy bastardo, que fué construída en la segunda mitad del si-



Galería y claustro de la Cartuja

glo XVII. Son tres los patios ó claustros del monasterio, dos góticos del XV y uno grecorromano.

La Cartuja jerezana está asentada á una legua de la ciudad, á orillas del Guadalete, no lejos del sitio en que, según la tradición, fué librada la batalla de este río, que dió fin á la monarquía goda.

El fundador de la Cartuja, Alvaro Obertos de Valetto, que fué vecino de Jerez, falleció en 1482, según expresa la inscripción de la bella losa sepulcral que tiene su enterramiento en la iglesia, al pie de las gradas del presbiterio.

De otra inscripción colocada en unas cartelas del arco central, en la portada renacentista que dividía el coro de profesos del general de la Comunidad, se deduce que toda la parte plateresca de este magnífico templo fué ejecutada á mediados del siglo XVI.

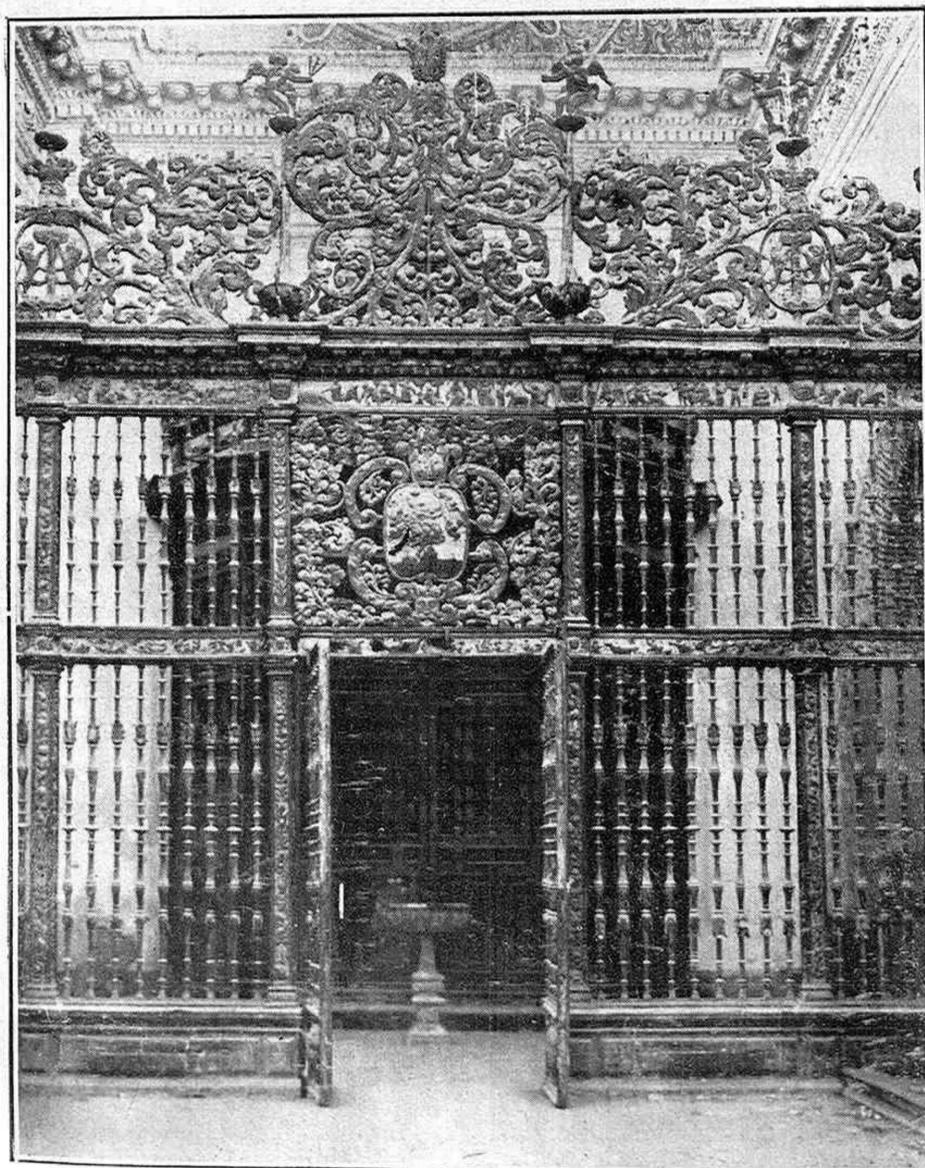
Estos dos detalles dan la explicación de que se encuentren mezclados el estilo ojival florido y el del Renacimiento, tanto en la iglesia, donde un feo cornisamento grecorromano ha deslucido los arranques de la gallarda bóveda gótica y los pilares que sustentan el arco toral, como en uno de los citados patios, el llamado «claustrillo», donde también se mezclaban los dos estilos, y que ya la acción del tiempo y la incuria ha convertido en melancólicas ruinas.



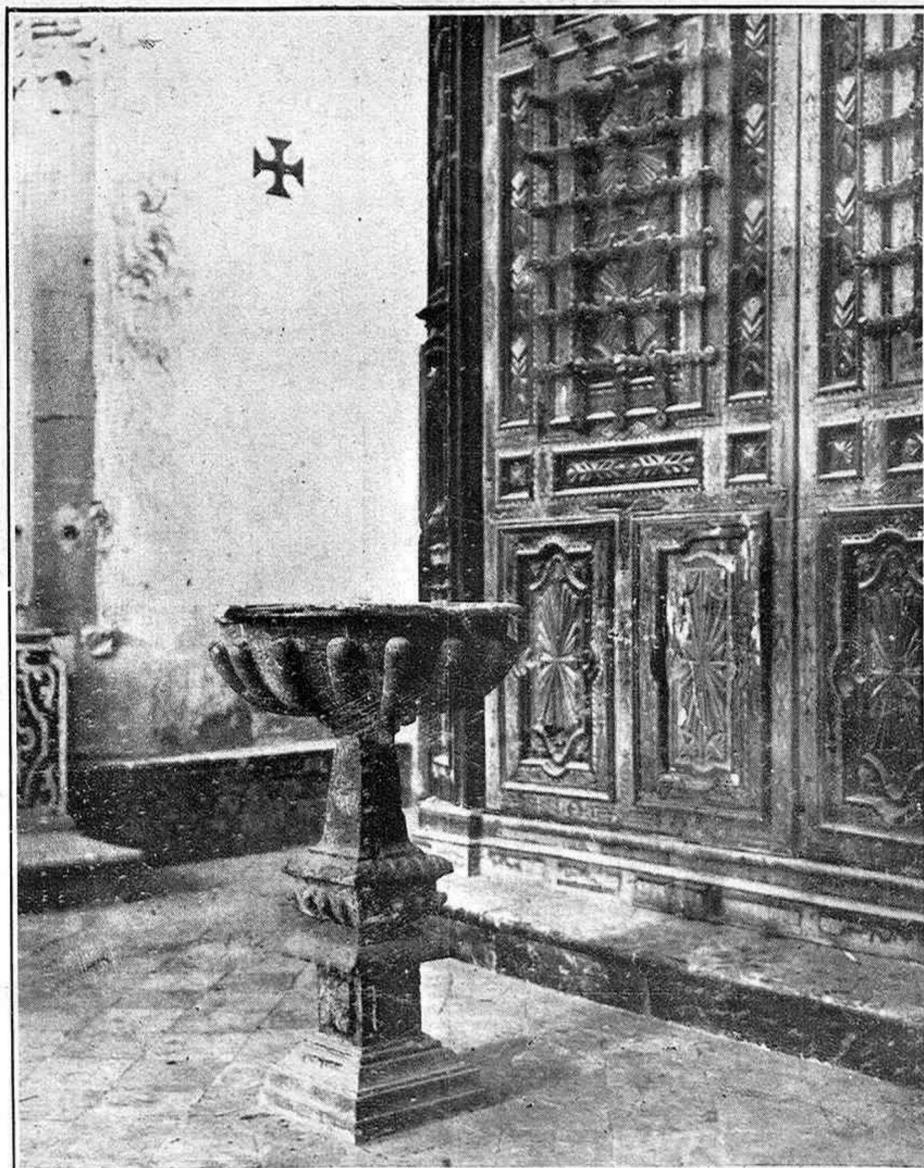
CAMARA-F-19



Fachada principal del Monasterio de la Cartuja de Jerez



Artística y monumental verja de hierro forjado de la Cartuja de Jerez



Cancel y pila del histórico monumento de la Cartuja de Jerez FOTS. BUTLER



Doña Sofía Valera y Alcalá Galiano, después duquesa de Malakoff, vestida de gitana para un baile en casa de Montijo



Callejón por donde D. Luis de Vargas acudió a la cita de Pepita Jiménez



Doña Ramona Valera y Alcalá Galiano de Mesía de la Cerda, marquesa de Caicedo, hermana de D. Juan Valera

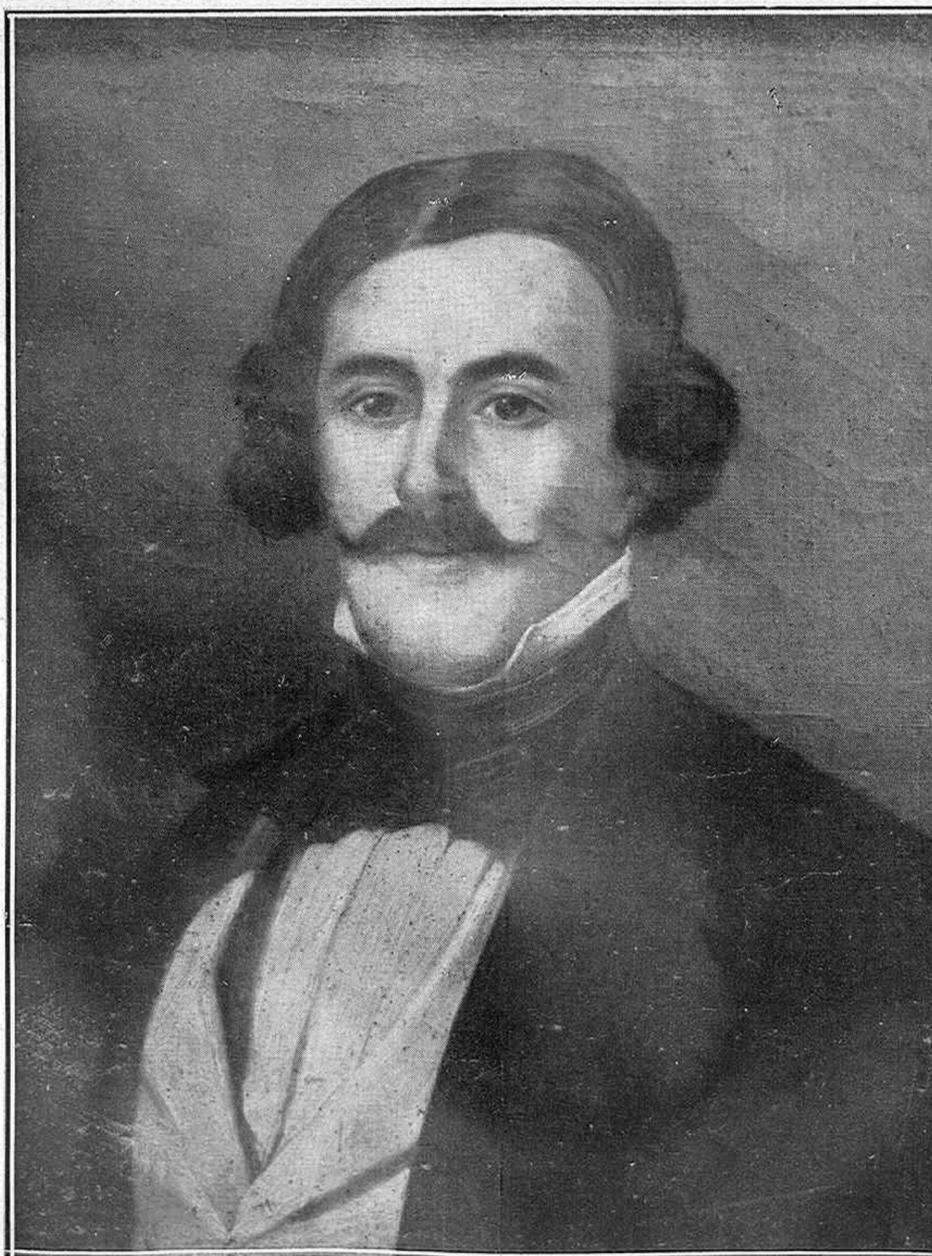
ENTRE los documentos que guarda piadosamente la hija del gran novelista andaluz están varias fotografías cuya reproducción ofrece a los lectores de LA ESFERA. Mucho más que andaluz era D. Juan Valera. Espíritu universal, nutrido de cultura clásica y con fuerte y amplia tradición española. Pero sin duda esta frase descriptiva de «gran novelista andaluz» ha vejunido a los puntos de mi pluma al ver los testimonios gráficos de su origen. Aquí está la casa en que nació don Juan Valera. Aquí la que describe en *Pepita Jiménez*, «y que se conserva igual que cuando ella la vivió».

Estas palabras puestas al pie de la fotografía dan inesperado aire de natalidad a la figura y a la acción novelesca. ¿Existió, pues, Pepita Jiménez, la viudita de cabellos rubios y ojos verdes, hermosa como Circe, que acertó a encender en amores el corazón del seminarista D. Luis de Vargas, haciéndole ahorcar los libros y tirar el manteo después de una apasionada y formidable lucha entre la sagrada Teología y el Eterno Femenino? Sin duda el Eterno Femenino no ha tenido nunca un acento andaluz tan delicioso como en esta primera invención novelesca de D. Juan. Aquí está el sencillo y gracioso edificio con su amplia portalada que comprende el balcón, sus rejas bajas y sus dos miradores, más modernos sin duda que el balcón central, saledizo, pero que va muy bien con el esgrafiado de la fachada y acierta a darla un aspecto más gracioso y más meridional que el que antes tuvo en el severo siglo XVIII. Esta es la casa que legó a la bella D.^a Pepita su tío y luego esposo D. Gumersindo, el usurero moderado. Por dentro, la viudita «tiene la casa limpiísima y todo en un orden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada de pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas. No hay, en verdad, ninguna planta rara ni ninguna flor exótica; pero sus plantas y sus flores, de lo más común que hay por aquí, están cuidadas con extraordinario mimo». Es curioso en Valera ver cómo los primores de estilo no acompañan nunca a la descripción del fondo o del paisaje. Bien visto, bien grabado en su imaginación desde la infancia había de tener esa casa de la bella ciudad cordobesa, y el aire de sus calles y la luz de sus campos. Sin embargo, al pintarlas la paleta revela siempre cierta pobreza de colo-

res. Más tarde en *Pepita la Larga* no ha de ocurrir lo mismo, pero siempre el novelador se encariñará más con las figuras y sus sentimientos, y sobre todo con sus razones, que con el paisaje.

Pero veamos cómo va alegrándose y poblándose de amables detalles por los que describe su personalidad la casa de la viudita: «Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa... Algunas criadas que se diría que ha elegido con empeño, pues no puede ser mera casualidad el que sean todas bonitas...» «Un loro, una perrita de lana muy lavada, dos ó tres gatos mansos y sociables de esos que se le ponen a uno encima... En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio, donde resplandece un Niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con mantó azul lleno de estrellitas de oro y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altarito en que está el Niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas ó escaloncitos, mucha cera ardiendo.» El brusco y laureola dan la nota local que distingue el homenaje de la tierra andaluza del de los otros Jesusitos de talla que había entonces á millares en las estancias de los pueblos de Castilla. Pero Pepita Jiménez tiene también una salita más moderna, «con muebles de poco valor, pero cómodos y aseados. Las cortinas y los forros de los sillones, sillas y butacas eran de tela de algodón pintada de flores; sobre una mesita de caoba había recado de escribir y papeles, y en un armario de caoba también bastantes libros de devoción y de historia. Las paredes se veían adornadas de cuadros que eran estampas de asuntos religiosos; pero con el buen gusto raro, inaudito, casi inverosímil en un lugar de Andalucía de que dichas estampas no fuesen malas litografías francesas, sino grabados de nuestra calcografía...» Es probable que hoy Pepita Jiménez hubiera desenterrado las litografías. «Completan el adorno de esta habitación que imaginamos llena de intensa luz meridional, á despecho de cortinas y celosías, vasos de porcelana con muchas flores, macetas de loza de la Cartuja con plantas de geranio, hiedra y otras», dice Valera.

Porque su fuerte, como se ve, no es la botánica. Don Antonio Cánovas, que en el prólogo de la edición de la Academia se sirve de valores



DON JUAN VALERA

Retrato al óleo hecho por su hermana Sofía, y actualmente propiedad del marqués de la Paniega, que se conserva en casa de D. Juan Moreno Güeto

de la literatura francesa para encastrarle, anda á vueltas con el naturalismo y el realismo y cita *L'Assomoir*, *Germinia Lacerteux*, *Pot-Bouille* y otras obras de la época. Pero don Juan Valera pertenece á otro mundo. Mantiene aún la tradición de nuestra novela donde el hombre lo es todo y las cosas apenas empiezan á ser algo. El estilo no está bruñido y trabajado todavía para crear ambientes, sino que se limita á pintar con rapidez telones que estorban poco al desarrollo de la fábula. Don Luis de Vargas va á la huerta de Pepita Jiménez: «El riachuelo que riega todas estas huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos; se forma allí un presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos blancos y negros, mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos.» En cambio, el estilo aquí tan seco cobra jugosidad y gracia cuando se aplica á describir los personajes, especialmente las mujeres, aun tratándose de figuras secundarias ó simplemente decorativas. No ya Pepita Jiménez poniendo la Cruz de Mayo á la puerta de su casa con sus manos que el apasionado don Luis tiene por divinas y que besan los niños pequeñuelos, las pocas veces que sale á la calle; no ya la gitanesca Antoñona, sino hasta las muchachas, criadas y como confidentes de Pepita que sirven las frescas tempranas en la huerta de Pepita adquieren vigoroso relieve y color



DON JUAN VALERA

Otro magnífico retrato pintado al óleo en la época de la juventud del glorioso novelista andaluz

más intenso que el del paisaje: «Llevaban trajes de percal de vistosos colores cortos y ceñidos al cuerpo; pañuelos de seda cubriendo las espaldas y descubierta la cabeza donde lucían abundantes y lustrosos cabellos negros, trenzados y atados luego formando un moño en figura de martillo y por delante rizos sujetos con sendas horquillas, por acá llamados caracoles. Sobre el moño ó castaña ostentaba cada una de estas doncellas un ramo de frescas rosas.»

Estas son las figuras que cruzan las calles de la vieja ciudad andaluza, tan limpia y tan blanca como el manto de raso del Niño Jesús de talla, todo lleno de estrellitas de oro. Aquí está el callejón por donde el enamorado D. Luis acudió el día de la primera cita hasta el zaguán donde le aguardaba Antoñona para llevarle á los brazos de la viudita. Paredes encaladas, rejas, el solado de piedrecillas, bordeada de hierbajos. Una sombra furtiva que se desliza al anochecer. Don Juan Valera sólo quiso acordarse del tumulto en el corazón del mancebo y el de su amada. Más felices—al fin y al cabo ella era viudita y él hijo del cacique, á tiempo todavía para ahorcar los hábitos—que los otros amantes Calixto y Melibea, víctimas de más negro sino. Todo es felicidad en la vida andaluza y la historia termina con alborozo de «piñonate y almibares, miel de azahar y miel de prima, dulces rosolis y mistelas aromáticas.»

LUIS BELLO

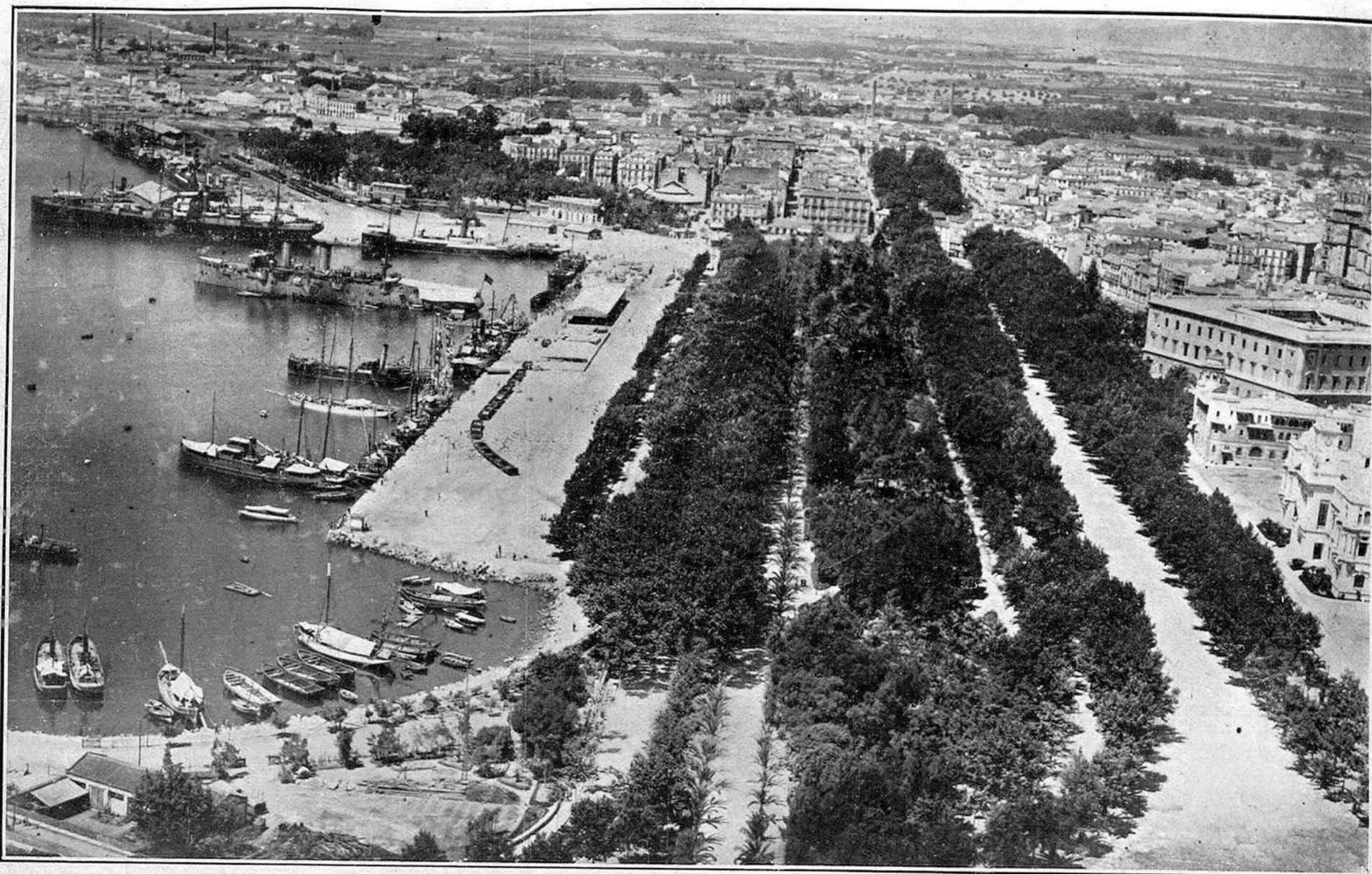


La casa de "Pepita Jiménez" en Cabra, y que se conserva igual que cuando la vivió la supuesta protagonista de la novela



Casa solariega de Cabra, en extremo típica, donde nació el insigne literato don Juan Valera

LA CIUDAD DE MÁLAGA VISTA DESDE UN AVIÓN



Vista del muelle de la ciudad malagueña desde un avión



Una vista parcial de la admirable ciudad mediterránea desde el avión

EL PAISAJISTA IGUAL RUIZ

Pocas veces hallamos tan íntima relación sentimental, tan absoluta identidad entre un artista y su obra como en el caso de este paisajista, dotado de una visión noble de la vida y del arte.

Igual Ruiz está íntegro en su pintura, y su pintura le define a él plenamente. De los cuadros y del hombre expande la misma afable y contagiosa alegría. Se les comprende en seguida la consciente felicidad de existir, de ser un reflejo entusiasta de ideas optimistas y paisajes claros. Salen a nuestro encuentro efusivos, henchidos de acogedora cordialidad, y ante el lienzo luminoso, como al lado del amigo sonriente, desaparecen las reservas mentales, el instinto defensivo que nos previene cuando tantos otros creadores insinceros de belleza muestran la obra antagónica de su temperamento.

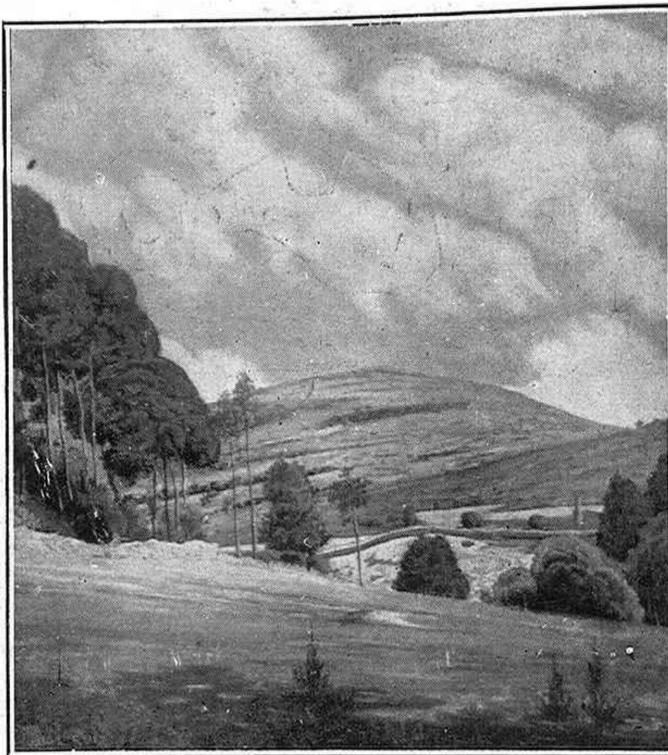
Igual Ruiz es, por el contrario, un sincero intérprete de su alma y de la Naturaleza, en que gusta sentir la fecunda emoción estética. Con ese fervor muchachil de la palabra espontánea, del afecto a flor de conocimiento, que son sus características espirituales, se acerca a las gentes y se extasia ante la luz y el color. Los años, si han ido depurando y concretando sus indudables facultades artísticas, no le secaron, por fortuna, el corazón, y no le arrebataron esa jovial ansia de buena camaradería que suele ser cualidad exclusiva de la adolescencia. Es siempre como el novio de la belleza plástica, el galán de los campesinos idilios, que no tiene el rubor de sus ímpetus y que compone sus cuadros como el zagal sus coplas y el precoz rabadán esparce sus rebaños: en la radiante ufanía de las mañanas, al aire libre de las cumbres saturadas de estío.

Y, sin embargo, este arte, como esta vida, no son fáciles ni responden a la molición material y a la segura situación que anquilosa algunos artistas y prepara a otros el desposorio de «conveniencia» con la gloria.

Igual Ruiz tiene hartos motivos para no sonreír siempre y para no abrir los brazos en la amical oferta con tanta frecuencia; ni sería falsa expresión de ciertos días vividos con amargura y sacrificio la pintura suya sin sol ni júbilo. Conoce las adversas jornadas, y la «lucha» no es para él un tópico. Acaso hay en la fragante juvenilia, en el cantarín ímpetu de este mediterráneo apasionado de las cumbres serranas instantes de desolado desfallecer, de entenebrecida fatiga, de sentirse solo en la multitudinaria indiferencia y en la tarea dilatada de los comienzos.

De ahí la virtud profunda del sacrificio cotidiano de su vida en su arte. Al entrar en los afectos ajenos, al ofrecer la obra creada con amor—y acaso dolor—, nada aceda la dulce cordialidad, ni vela el ambiente purísimo de sus celestias pintadas...

Esta primera exposición independiente, este conjunto admirable de paisajes españoles y suizos con que Igual Ruiz culmina, por ahora, su entusiasta capacidad artística, no es una de esas exhibiciones prematuras, impacientes, que suelen obligarnos a



"Verano"

contemplar los jóvenes con la misma razón que pudieran exigirnos que comprobáramos una enfermedad eruptiva, propia de sus pocos años.

No. Igual Ruiz ha sabido tener respeto al juicio de los demás como una laudable consecuencia del temor íntimo que desconocen los audaces y los potulantes. Estos cuadros que ahora vemos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid señalan un bien logrado esfuerzo y una verdadera belleza. El paisajista ha encontrado ya su acento personal, y cada lienzo está vinculado en el anterior y germinado del siguiente. Se sigue—sin saltos bruscos, sin tropezar en las dudas que desorientan al espectador inteligente allí donde se desorientó el artista—la trayectoria técnica y emotiva de Igual Ruiz, llegado a esa plazoleta donde es lícito descansar un poco y elegir entre los senderos futuros o la colina en que es grato volver la mirada hacia el camino andado y retar las cumbres venideras.

Y es así, cuando el artista se nos muestra consciente de su labor, realizada con éxito, cómo debe ser contemplada su obra.

Enrique Igual Ruiz no ha tenido la impúdica prisa de manifestarse. Pudo parecer incluso a quienes recuerden su revelación el año 1918 en la Exposición de trabajos de los pensionados en la Cartuja de El Paular—además de la suya, asistimos entonces a la revelación de otros tres paisajistas, ya hoy igualmente definidos: Pérez Rubio, Frau y Prieto—que el pintor valenciano dejaba diluirse sus esenciales cualidades de luminista en la colaboración jornalera de las revistas ilustradas y del arte editorial. Pero la gallarda muestra actual,

esta fe de vida y de potencialidad estética que dan sus interpretaciones radiantes de la sierra madrileña y sus evocaciones, no menos claras, de bellos lugares suizos disipan todo error pretérito.

Estamos en presencia de un paisajista admirable, de un sutil temperamento de artista que sabe recoger los finos matices del color, las dilatadas amplitudes atmosféricas, y para quien la lejanía no reserva el secreto de muy delicadas inflexiones cromáticas.

Trasladado bruscamente de su Valencia natal a la Cartuja de El Paular, en plena sierra madrileña, Igual Ruiz dió en sus primeros cuadros—ya encendidos del claror atrayente, del caricioso ímpetu optimista que es el signo simpático de su arte—una ingenua sensación de

sorpresa, un candoroso desconcierto visual. No quiero decir de aquellos lienzos, donde se pretendía expresar una naturaleza recién revelada a un levantino que no había salido nunca de Valencia ni del culto sorollista—hasta hace poco, el sorollismo era la única norma pictórica del privilegiado país—, nada negativo. Precisamente sorprendía en ellos, por dentro y por encima de tales sorpresa y desconcierto, una capacidad comprensiva que no es frecuente encontrar en esos casos de brusco trasplante artístico.

«He aquí—me dije—un paisajista que va a obstinarse con feliz resultado en lograr el dominio de un ambiente antitético de su presente educación visual.»

Pero a él se lo callé. Aun estando tan cerca de mí y aun siguiendo paralelamente su vida y su arte ejemplares, conociendo cada obra suya apenas recién nacida, nunca le dije la creencia de saberle un posible intérprete de la atmósfera alta y un apasionado futuro—él, despertado a la visión pictórica frente al mar—de la montaña.

Es más grato ver cómo nuestros presentimientos se cumplen sin que intervenga para un resultado dubitativo nuestra voluntad, que no ayudándolas a realizarse.

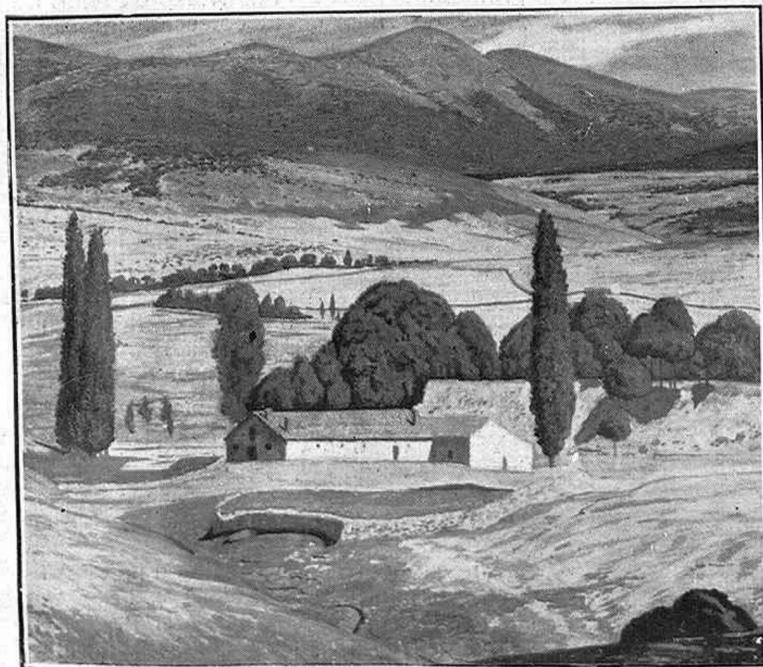
Las estadas de Enrique Igual en la sierra madrileña durante el verano de 1923, y en el cantón de Valais durante el verano de 1924, han consentido la amplia, la eficaz revelación de aquel confuso deseo de asimilación del paisaje de las cumbres que sus primeros cuadros de El Paular insinúan.

Y de tal modo el artista trabajó y se afanó en darle a su pintura todo cuanto la Naturaleza le otorgaba, pródiga, en la sierra de Madrid, que al afrontar los blandos, húmedos y—¿por qué no decirlo?—demasiado bonitos paisajes suizos, ya no encontramos la lejana indecisión juvenil, sino un sosiego sabroso y saboreador del color, de la luz y del aire.

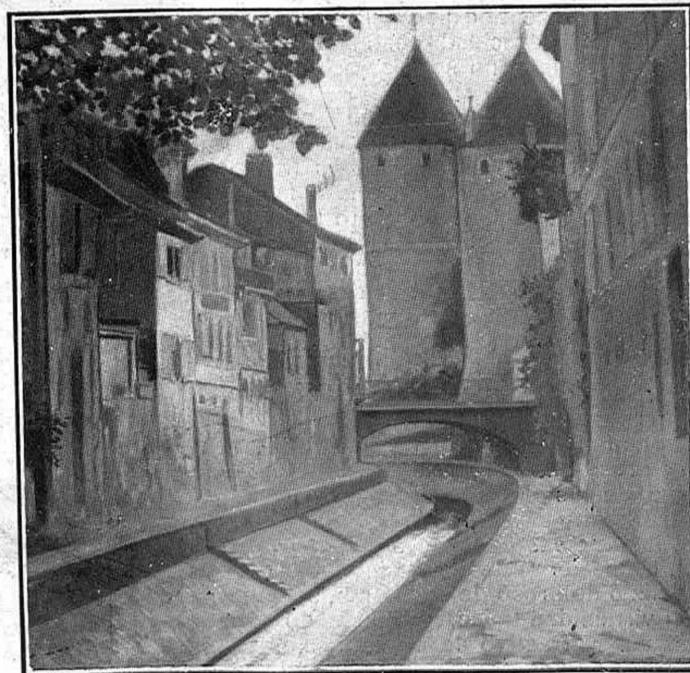
Entre los lienzos que, como *Serranía dorada*—reproche elocuente de la errónea conducta del Jurado de la Nacional última, que no supo ó no quiso ver en todo su positivo valor—, cantan en el tono varonil de nuestras cumbres castellanas y el jugoso escenario suizo del pueblecillo de Champéry, al pie de los *Dents Blanches*; entre el *Nublado* sobre los franciscanos árboles y el brocal humilde—uno de los mejores lienzos de la exposición—y ese friolero y misterioso enrocamiento de las brumas del paisaje suizo *Nieblas*, de finos grises y de verdes delicadísimos, entre la sequedad áspera, fulgurante, en que todo crepita bajo un sol urente del hermoso lienzo *La hora cálida*, y la afable, la tierna, la lánguida dulzura otoñal de este *Canal oriental de Yverdón*, con sus árboles de amarillo limón y sus aguas transparentes, ¡qué colmada serie de aciertos, qué fácil y sencilla sercnidad de gozador de espacios libres y de éxtasis solitarios!

Y, sobre todo, cuánto entusiasmo en transmitirnos a los demás su fervor fecundo. Porque—ya lo hemos dicho antes—el arte de Igual Ruiz está como el artista frente a la vida: abierto de brazos y sonriendo...

José FRANCES



"Mi casa en la Sierra" (Madrid)



"Canal oriental de Yverdón" (Suiza)

FOTS. CORTÉS



"La vencedura", dibujos originales de José Monegal

ENTRE EL ALBUM
Y LA CAJA DE APUNTES

Como Gramajo Gutiérrez, como este Nicolás de San Luis, á quien sus templos del Salón de Otoño nos han revelado de tan gallarda manera, José Monegal es un ágil observador de tipos populares de su tierra nativa. Si los dos pintores argentinos dan en cuadros y dibujos vivas escenas de elocuente expresión gauchesca, de entrañable veracidad costumbrista, el dibujante uruguayo no se rezaga en igual propósito artístico.

Los dibujos de Monegal están henchidos de esa fuerte esencia de realidad que les hace atrayentes á nuestras miradas fraternas. Porque en el fondo hallamos la íntima trabazón sentimental, el contacto tradicionalista de los mismos orígenes, en las figuras de las gentes humildes, bravas ó sometidas, de allí y de aquí. Idénticas sus costumbres, sus regocijos, sus fiestas, sus cantos, su reacción psicológica frente á la vida.

Y conforme se acentúa cada día más la reintegración de los artistas de los escritores americanos á los motivos característicos de su patria, más cerca parecen estar de nosotros y más nos cautiva el acento enérgico de sus obras que «suenan» á español, que tiene «española» luz.

Así las *Escenas uruguayas* de José Monegal, evocaciones de campesinos y del empleo feliz ó doloroso de sus horas, sin perder su virtualidad típica, prolongando ese espectacular atractivo de su exotismo, ya casi familiar á nosotros, de la indumentaria pudieran muy bien responder á unos apuntes de viaje por recónditas comarcas de Es-



"Mirando una carrera"

"ESCENAS URUGUAYAS"
DE JOSE MONEGAL

paña, sin perder la menor calidad de su íntimo americanismo.

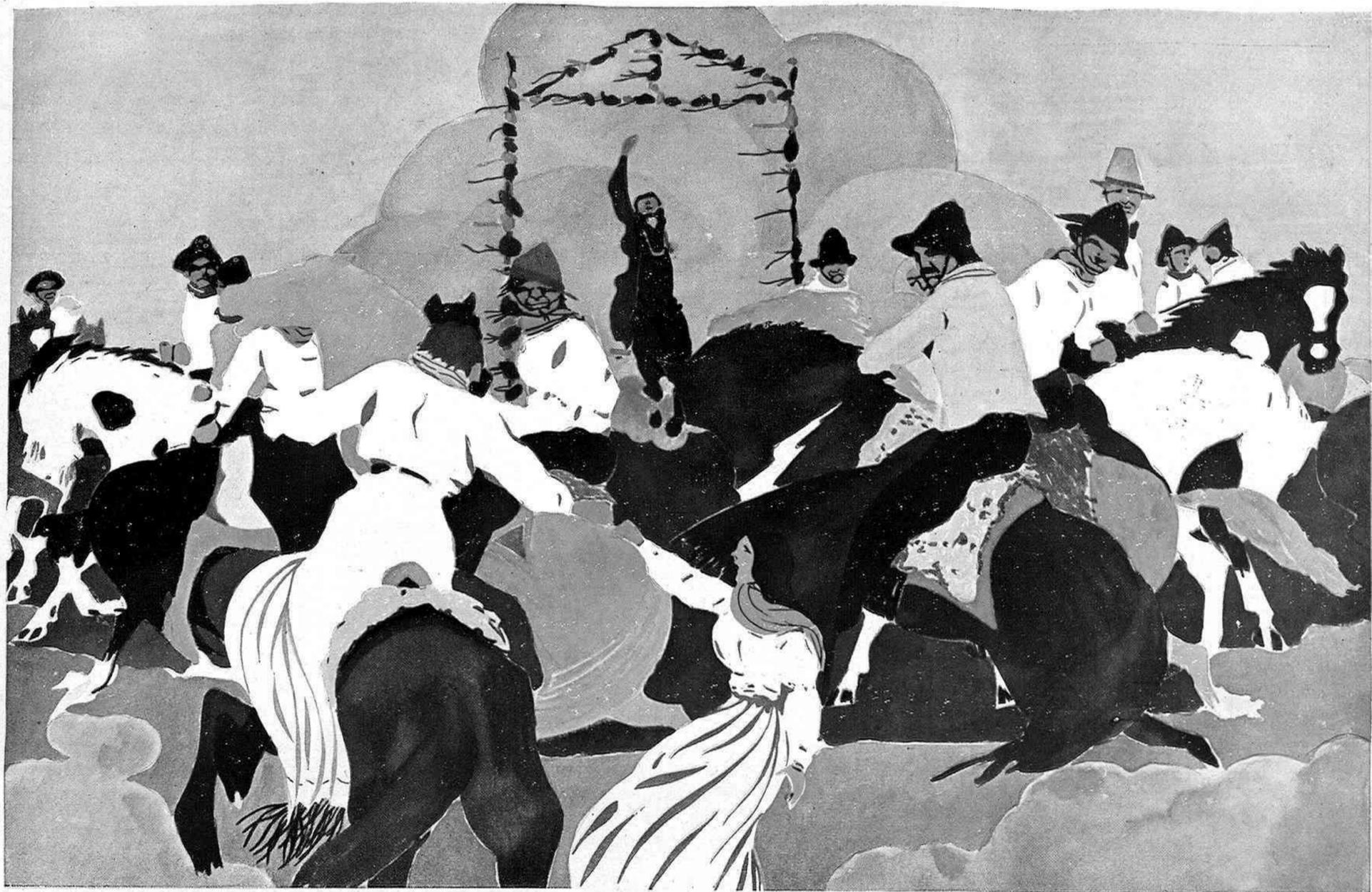
He aquí la escena de *La Vencedura* en el «saludador» cercado de la supersticiosa fe popular tiende sus manos sobre el enfermo consumido por los malos espíritus, como el protagonista de aquel inolvidable cuento de Javier de Viana en la colección intensa y recia de su libro *Campo*; he aquí el grupo de gentes del agro, en torno del *payador* que ante la hoguera de los largos vésperos invernales, y acompañándose de la guitarra, evocaba *La leyenda gauchesca*, el galopar de Martín Fierro llevando un *china* recién raptada á la grupa de su caballo.

El cantor da imaginativa plasticidad al episodio mientras su voz recita trémula, acariciadora, las décimas del *triste* (que, como el *estilo*, son típicas en el Uruguay).

He aquí los gauchos inquietantes y sombríos, tan lejos del colorinismo fantasioso de los personajes de teatro, con sus facies torvas y sus ropas oscuras; tal como la Pampa los conoce bien.

Y por último la visión alegre, clara, optimista de un ancestral romanticismo de los «Corredores de sortija», costumbre ya perdida en España y que el arte expresivo de José Monegal, su cromatismo impresionista sabe recoger con la gracia de movimiento y color que tiene, por ejemplo, la escena en los admirables cuentos *La china presumida* y *El forastero*, de su insigne compatriota Fernández Medina.

SILVIO LAGO

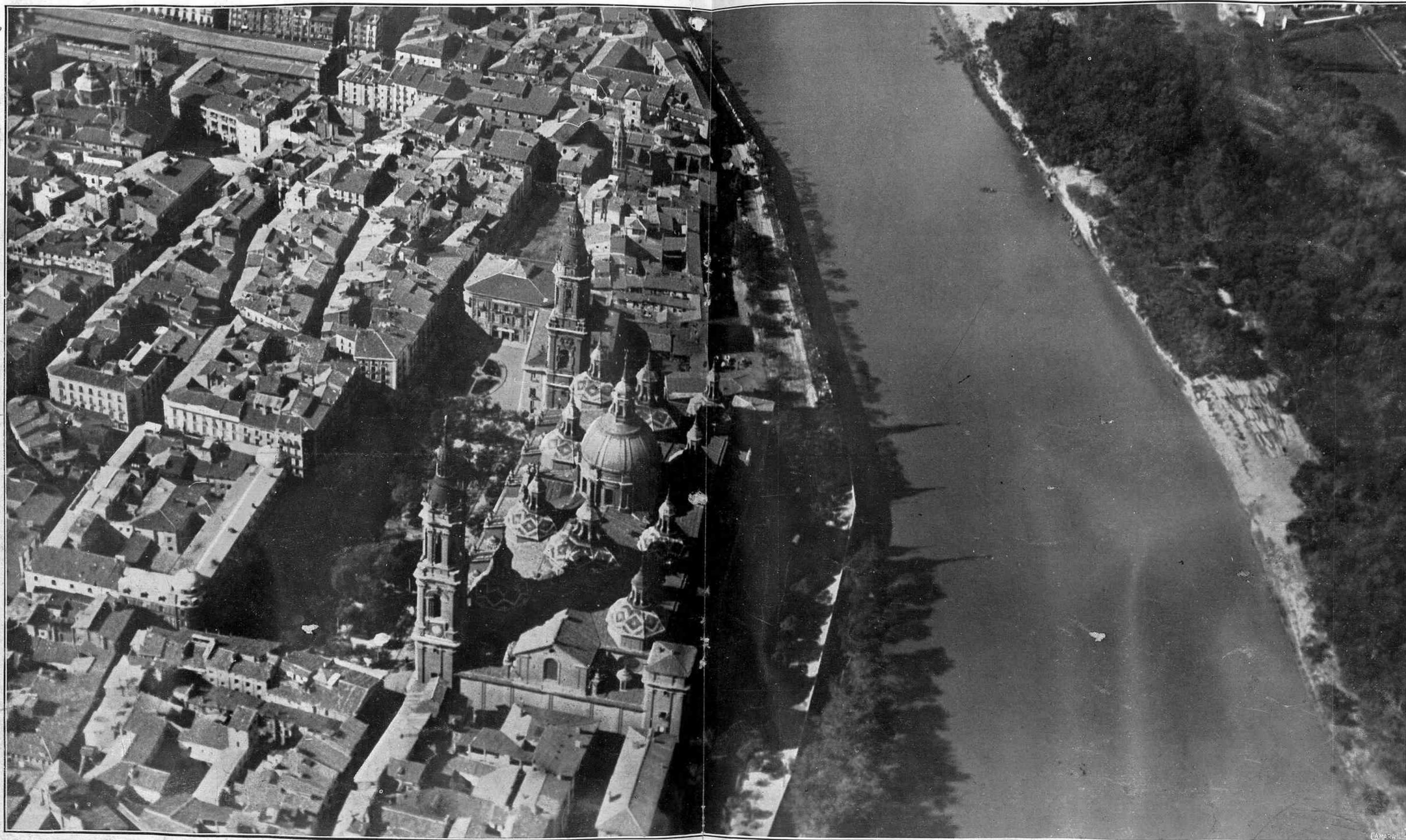


"Corrida de sortijas"



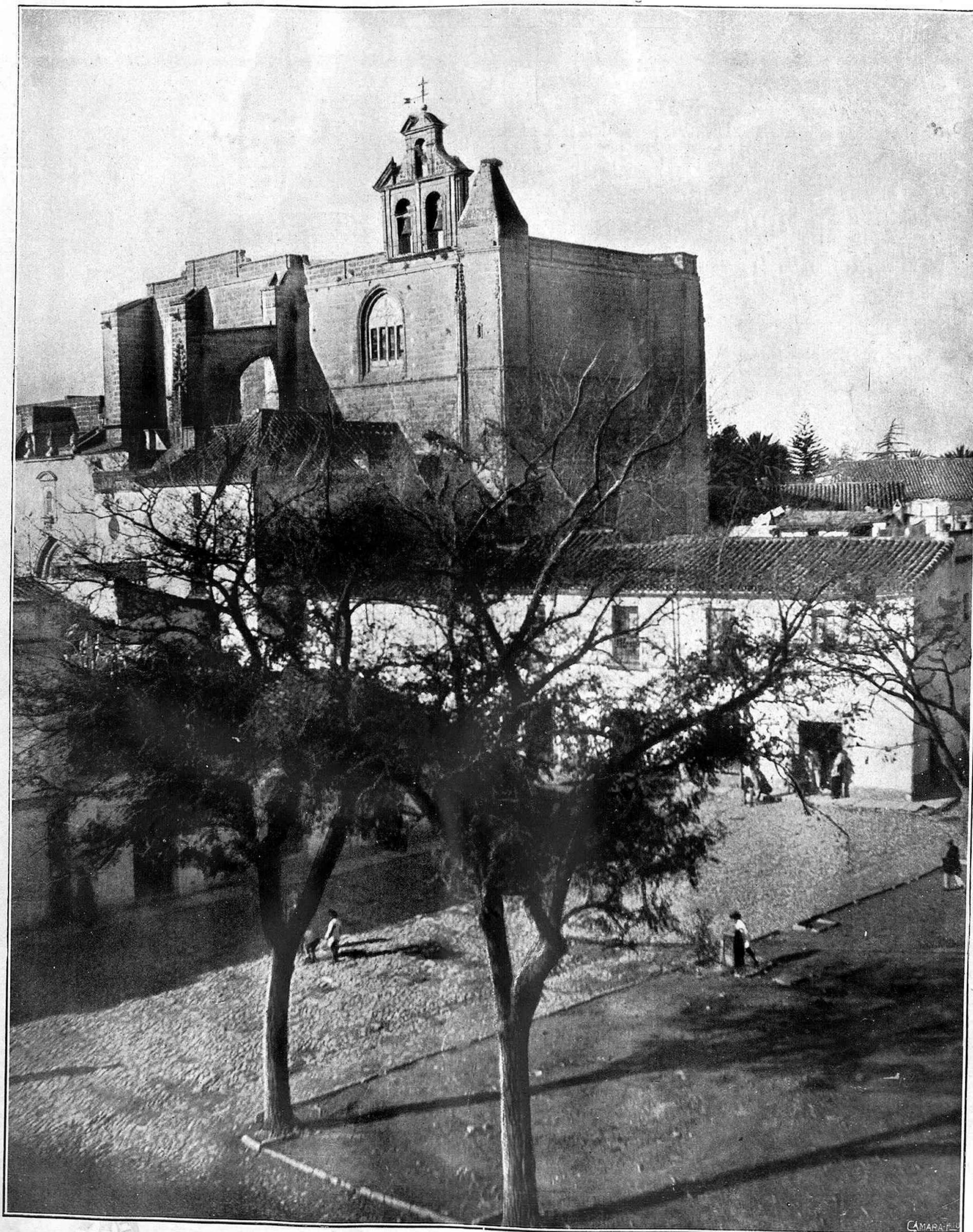
"La leyenda", dibujos originales de José Monegal

EN LA RUTA AEREA: EL TEMPLO DEL PILAR



La altura presta al Palacio de la Pilarica una mayor sensación de grandeza. Desde el avión que el piloto Navarro lleva con docilidad hasta la cinta plateada del Ebro, la vieja Catedral muestra su mole erguida y dominante, con los airones de las altas torres que en los flancos parecen los guerreros gigantes celosos defensores del baluarte de la Fe

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



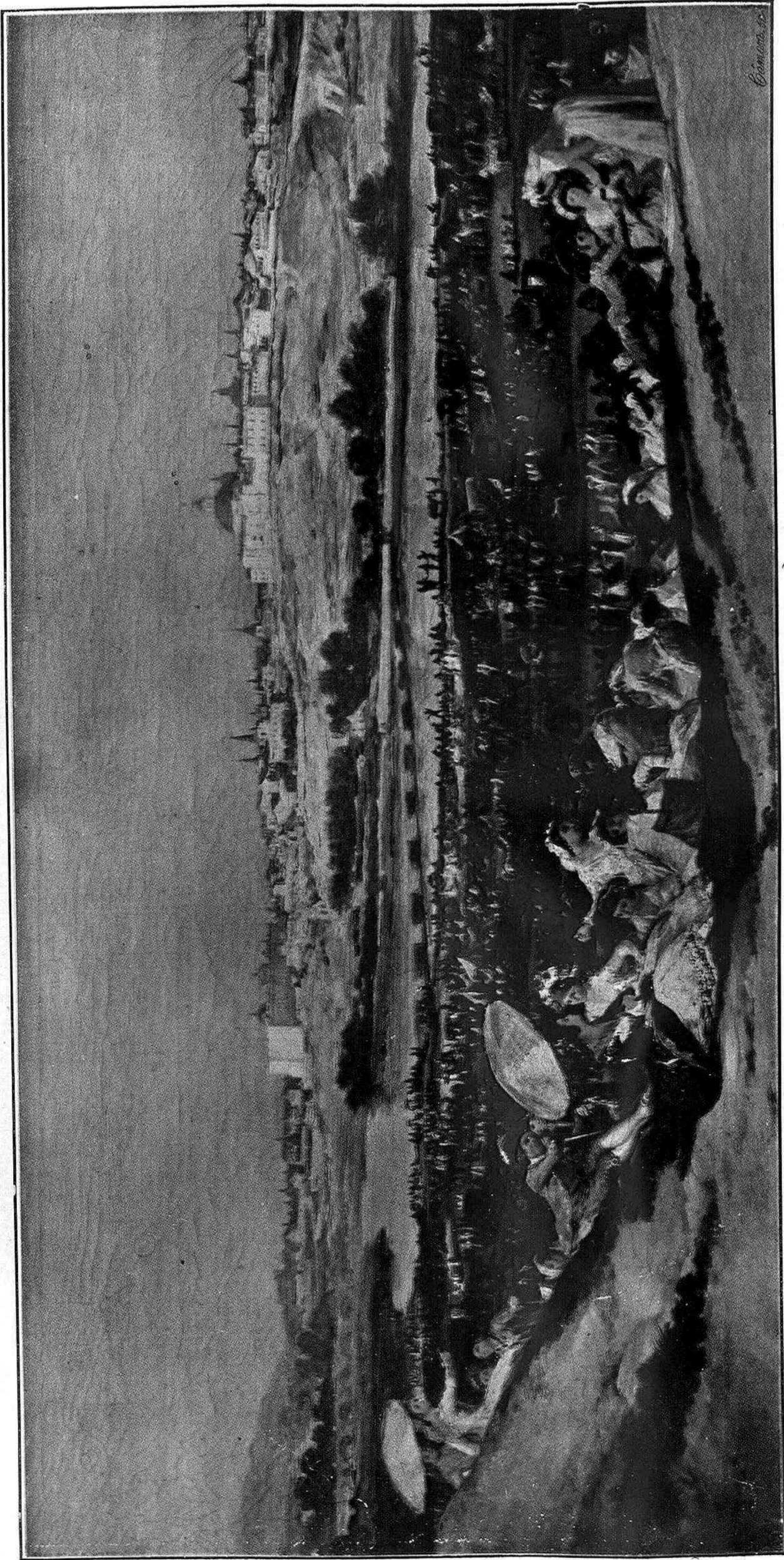
Una vista parcial de la interesante parroquia de San Mateo, en Jerez de la Frontera

FOT. MARTÍNEZ

CAMARAFILM

ANTE UN LIENZO GOYESCO LAS DOS CARAS DE UNOS DÍAS LEJANOS

ANTE UN LIENZO GOYESCO



«La Pradera de San Isidro», cuadro de Goya, que se conserva en el Museo del Prado

A l fondo, pasado el río Manzanares, el pobre río que los poetas satirizaron tantas veces, se ve el contorno de Madrid, que se recorta limpiamente con sus cúpulas, sus torres y sus campanarios sobre el telón azul del cielo. Y en primer término, en la pradera verde y reidora, se ve la multitud bulliciosa que canta y grita y ríe, porque es San Isidro; porque es la fiesta del patrón de la Villa y Corte; porque el buen pueblo de Madrid aprovecha la menor ocasión para engalanarse con una flor y una sonrisa.

El inmortal cuadro goyesco reproduce la fiesta con que Madrid celebra todos los años el día de su Patrón en la Pradera del Santo... Ante la obra admirable, los buenos madrileños, los cantores de los últimos castizos, de los recuerdos históricos que irremediablemente desaparecen, se apenarán un poco... Los viejos temas madrileños de últimos del siglo xviii ó primeros del xix, serán evocados nostálgicamente, melancólicamente, por nuestros amantes de la tradición en la capital de las Españas... Y sin embargo, todo este Madrid de ayer se fué, desapareció para siempre, pese á las lamentaciones amargas de los que lloran su ocaso...

Y pese también á la cancionista que desde los escenarios hace una apoteosis del Madrid goyesco, y afirma, muy seriamente, que ella va en calesa y un majo la besa, y que nació en Maravillas, y que porque es maja sabe empuñar la navaja, y otros cuantos tópicos, frases hechas y consonantes forzados...

Nuestras pobres cancionistas luchan estérilmente por implantar el amor hacia aquellos días leja-

nos, en que las viejas cosas de España se hicieron de un rojo mas vivo al ser encendidas por la sangre de nuestros héroes.

Se ha tendido en torno á aquellos días una leyenda de frivolidad y de alegría que no rima perfectamente con la realidad. Las panderetas de la tradición no nos hablan sino de verbenas goyescas, y de majas, y de petimetres, y de tonadillas, y de fiestas en Aranjuez, y de calesas, y de aventuras galantes. No nos presentan sino la máscara risueña de aquel momento de transición entre los dos siglos. Y sin embargo, tras esa careta brillante y frívola, se esconden otros temas de importancia capitalísima, olvidados de los que sólo ven el lado bonito y fácil de las cosas.

En aquel momento se están elaborando en todos los países las consecuencias de la Revolución. Los escritores nacidos y formados al calor de aquella llamada renovadora labran sus páginas de pensamiento y de libertad con inspiraciones nuevas. Aquí, en España, la abyección trágica de la Corte preludia el ademán de dominación con que las águilas napoleónicas tenderán su garra hacia nuestros suelos... Sobre la tierra española no tardarán en surgir las sangrientas amapolas de la guerra. El ruido de los fusiles apagará los ecos de las tonadillas, el grito de rabia vencerá á la frase galante, los aullidos de la muerte destronarán á los cantos del amor. Y aquel momento de transición entre los dos siglos mostrará su otra cara, la adusta y la seria, la del pensamiento y la lucha, tan distinta á la máscara frívola que vive, bulliciosa y animada, en el lienzo goyesco.

José MONTERO ALONSO

DEL ORIENTE ÁRABE

N O C H E

HAY un alma de las calles que en Oriente alcanza su máxima perfección.

Deliciosos pasillos de formas intrincadas, que durante el día ríen bajo un divino polvo de oro, adquieren un mágico hechizo á las horas en que la luna les envuelve en sus gasas haciéndoles temblar de misterio.

La ciudad, seductora virgen de piedra, cuyas carnes graníticas tuesta el sol implacable, muestra al llegar la noche sus encantos, y gozosa al verse libre de ojos europeos, os entrega fácilmente su secreto.

A la lucha feroz entre el sol abrasador y la espesa sombra; á la mezcla de lóbregas catacumbas y de espléndidos deslumbramientos, sucede un sutil claroscuro, impregnado de luz azulada.

La noche, tenebrosa y luminosa á un tiempo, nos atrae como una sirena envuelta en negro jaique. El gran cielo sombrío, recamado de joyas, es una fuente de ensueños. Nuestros espíritus se pierden en el éxtasis más profundo. Salimos.

Los negros y tortuosos callejones se persiguen, enredan y entrecruzan, y al fin desaparecen bajo sórdidas bóvedas en cuyas profundidades parece palpar el crimen. A veces suben, trepan, escalan las alturas, corren á contemplar la luna.

En torno nuestro las casas se agolpan, y sus fachadas lisas, cubiertas de cal azulada, repelen la oscuridad. Allá en lo alto una tenue claridad salpicada de reflejos plateados deja entrever las calladas labores de los «muxara bieh», divinos miradores del Islam, tras los cuales se oculta el misterio de tantas vidas; la furiosa pasión de tantas almas; el viejo hechizo femenino, sublimado aquí por el imponderable encanto de la Leyenda, que en este Oriente varias veces milenario os persigue, os envuelve, os aprieta entre sus redes impalpables y llega á fundirse en lo más íntimo de vuestra alma.

La profusión de callejones nos extravía, y ante el enigma del camino hacemos alto.

La paz del Islam reina en torno nuestro. Las desiertas calles se alejan perdiéndose en el silencio como bajo su más rica vestidura. En el aire flotan mil perfumes imprecisos y una calma infinita se extiende por la ciudad, que duerme voluptuosa. Allá en el fondo de un callejón las viviendas se inclinan y unen sus techos, cual si sus azoteas quisieran contarse algún secreto.

Continuamos nuestra marcha; los pasos resuenan tras de nosotros, como en las galerías de un viejo castillo, y á medida que avanzamos en este laberinto la impresión de encanto se afirma más y más.

Entramos en la sombra de una bóveda, síntesis energética del misterio que á cada instante se desprende de estos países enigmáticos, plenos de vida interior, palpitantes de energía, sobrepujándose á sí mismos en una perpetua renovación de valores y conservando al propio tiempo los eternos principios psíquicos que dieron origen á las civilizaciones más remotas.

Oriente indescriptible: tu singularidad sobrepuja á cuanto nuestras pobres imaginaciones pueden concebir; tierra extraña, más nueva cuanto más conocida, ¿se llegará algún día á penetrar en la intimidad de tu esencia?

Al salir de la bóveda acaricia nuestra frente un viento sutil y perfumado; viento suave que lleva entre sus pliegues el eco nostálgico de mil canciones y el musiteo de infinitas palabras de amor.

¿En cuál de estas puertecillas claveteadas surgió el deje quejumbroso de los cánticos llenos de pena imprecisa que el viento trajo á nuestros oídos juntamente con el cadencioso golpear de la «Darbuka» ó el prolongado sollozo del laúd árabe? ¿Quién pudo vanagloriarse de saberlo? ¿Quién pudo afirmar que sabe algo en esta tierra de mil matices, vieja como el mundo?

Tomemos de estos países la enseñanza que generosamente nos ofrecen; aprendamos el ritmo que guía la vida de las sociedades que ya nada crean porque todo lo tienen creado. Olvidemos la carrera desenfrenada en pos de un ideal vagaroso, y fundándonos en las eternas normas de la belleza busquemos el secreto de la vida en el sabio aprovechamiento del instante, en el ritmo cadencioso de las horas, en la indefinida dilatación de nuestro espíritu.

¡Inxal lah!

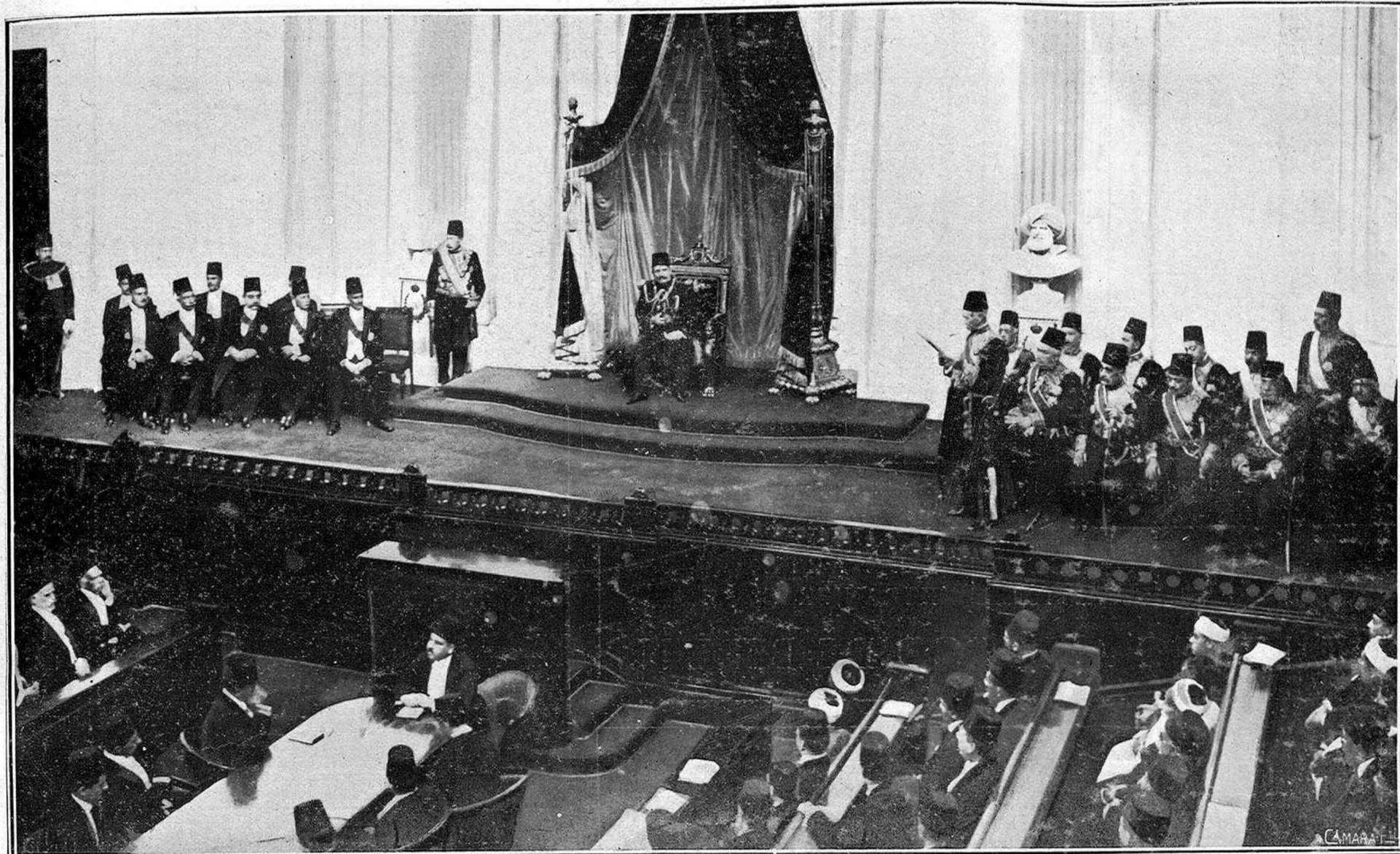
DIBUJO DE SEGNELLES

AMOR-BEN-OMAR



CÁMARA-FLO

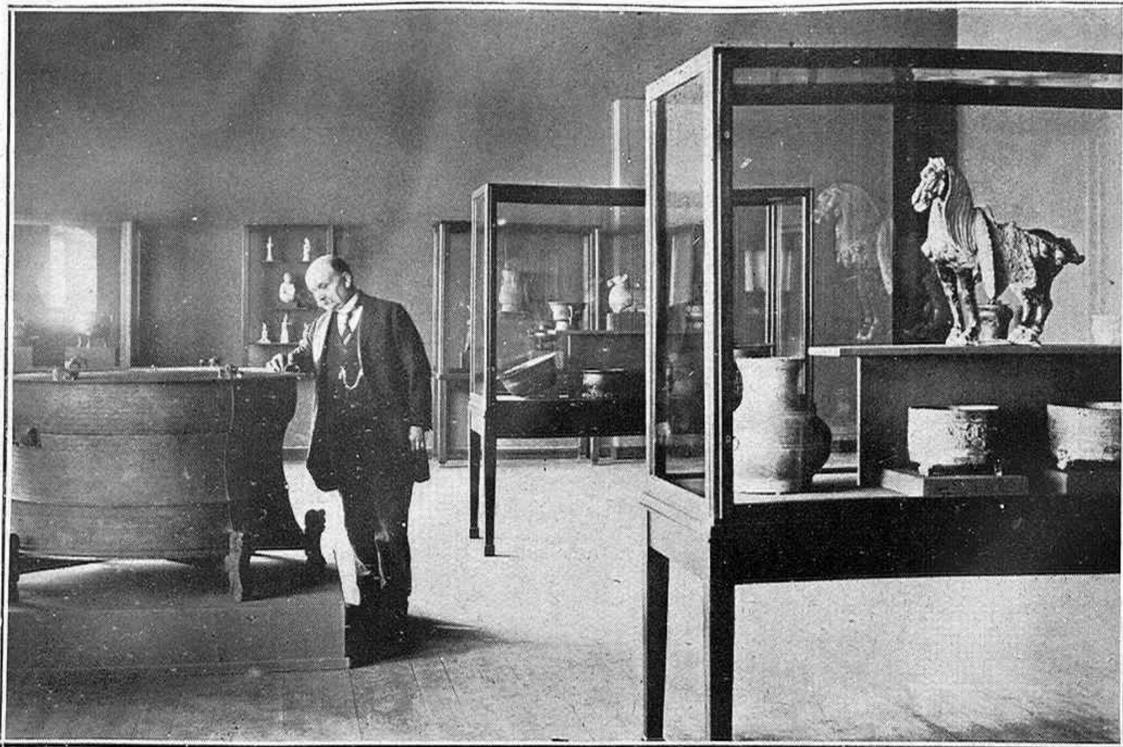
NOTAS GRÁFICAS EXTRANJERAS



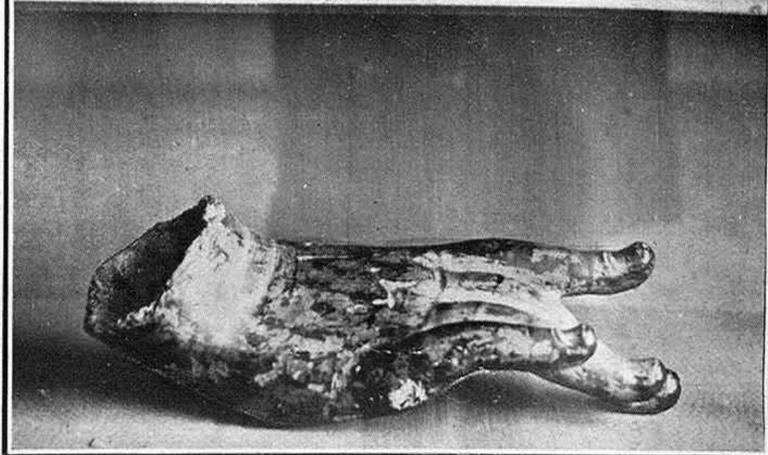
Sesión solemne de apertura del Parlamento egipcio, verificada el 12 del pasado, y á la que asistieron el Rey Fuad, los individuos de la familia Real y el Gobierno en pleno, presidido por el Primer Ministro Zaghlul Bajá, que aparece en la fotografía leyendo el discurso de contestación al de la Corona



"Miss América", la muchacha más bonita de los Estados Unidos, según el fallo del Concurso de Belleza del Atlantic City, preparándose á realizar su "tournee" á través de las principales ciudades en el automóvil que le ha regalado una fábrica importante



Una interesante Sala del Museo de Arte Asiático de Berlín



Dos interesantes objetos conservados en el Museo: una divinidad budista y una mano gigantesca, pertenecientes a una remota época de la historia india

LAS COLECCIONES DE ARTE
EN LAS CAPITALS EXTRANJERAS
EL MUSEO ASIÁTICO DE BERLÍN



Una estatua de Buda, existente en el Museo de Berlín



Objetos de cerámica china, anteriores a J. C., conservados en dicho Museo

BERLÍN es una de las capitales en que mejor puede seguirse el desenvolvimiento del arte, por las valiosísimas colecciones que de objetos de todas las épocas posee. Sus Museos son verdaderos archivos de arte, que ofrecen al devoto de la belleza innumerables reliquias que admirar. Berlín cuenta con el Museo Provincial, el Arsenal, el de Etnografía, el de Agricultura, el de Historia Natural, el de Oceanografía, el de Comunicaciones y Construcciones, el Postal del Imperio, el Aquarium, el de la Isla de Spree, la Galería Nacional, el Viejo, el Nuevo, el de Pergamon, de Arte Industrial, etc.

Uno de los más interesantes Museos berlineses es el Asiático, que ocupa un edificio especial junto con las reproducciones de los descubrimientos realizados en Olimpia por cuenta del Estado alemán por el célebre Ernesto Curtius. La colección asiática comprende varias placas de alabastro procedentes de los Palacios de Assurnasirpal (Sardanápalo) y Sennacherib, en las ciudades de Nimrut y Koyundjick, con representaciones de reyes, divinidades, escenas de caza, batallas y cortejos. Hay también gran número de sellos e inscripciones cuneiformes asirias, babilónicas y persas y algunas esculturas heteas. Nosotros reproducimos en nuestra página algunos de los más interesantes objetos de arte oriental que se conservan en dicho Museo.

ESTAMPAS CHINESCAS

EL DULCE GENERAL MA



El más pequeño de los hijos del general Ma, jefe de uno de los Regimientos del tirano

ERA una de las grandes figuras de la China revolucionaria este apacible, este misericordioso general Ma que las fuerzas gubernamentales han fusilado hace pocos días en los alrededores de Kachgar (Turquestán occidental). Habíase distinguido extraordinariamente cuando hace trece años se derrumbó el viejo Imperio del *Hijo del Cielo*, naciendo roja y fragante entre sus ruinas la democrática *Chung-hua Min-kwo*, ó «Federación de la Flor del Centro», amorosamente cultivada por los demagogos chinos; preciosa flor que, mecida y fecundada por los suaves cefirillos de Rusia, da abundante fruto de discordias y de guerras civiles tan sangrientas como la actual. El dulce general Ma fué uno de los leones de la revolución. Ninguno de sus colegas pudo igualarle en pasión coleccionista. Sus remesas de testas decapitadas al Gobierno Provisional en Pekín admiraron por la cantidad y la calidad. Como torturador, ni el más refinado de los ejecutores chinos, y cuenta que

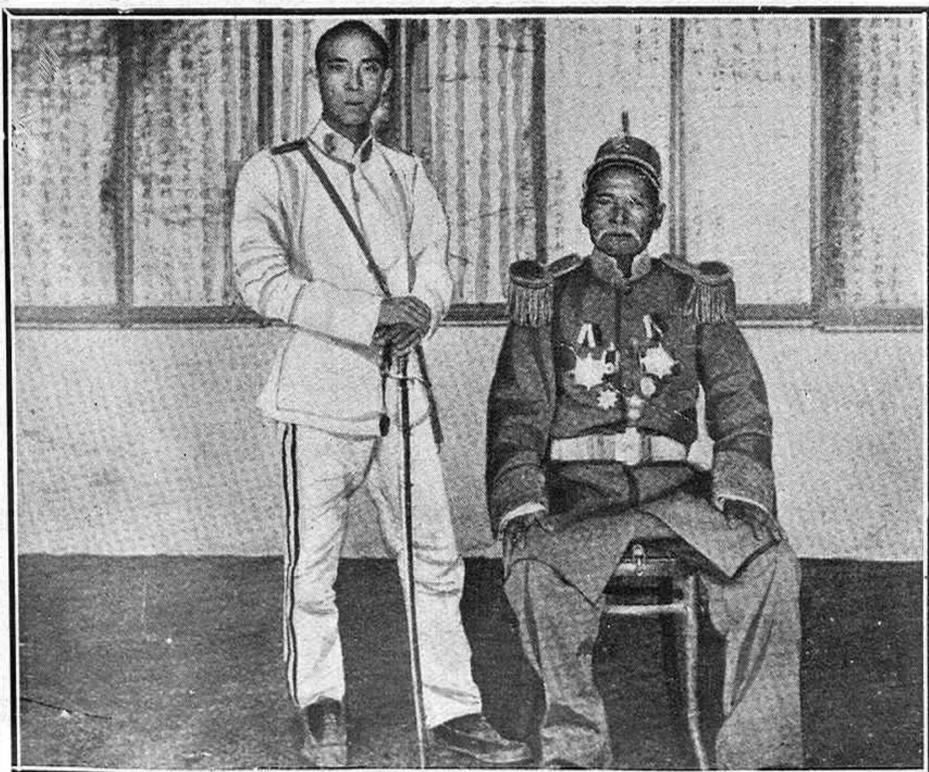
éstos tuvieron siempre fama de ingeniosos, pudo jamás superarle en lo fértil de la inventiva. Su campamento ofrecía á diario, con gran complacencia de las huestes por él acaudilladas, un espectáculo continuado de descuartizamientos, de decocciones y mondaduras en vivo, de mil variadas formas supliciales que acrecían de modo considerable, cada veinticuatro horas, los prestigios del dulce Ma. Asombrados los fundadores de la primera República china, y considerando que este guerrero poseía cual ninguno dotes de mando y de organización, le confiaron, una vez vencedores, la suprema jefatura militar del Turquestán occidental, con residencia en la ciudad de Kachgar. Naturalmente, desde que el dulce Ma se posesionó del cargo, todo marchó como una seda. La vasta provincia, tan vasta que excede en extensión territorial á Francia y España juntas, fué una balsa de aceite. El dulce Ma empleaba contra los no convencidos de sus dotes organizadoras y de mando los mismos procedimientos que contra los imperialistas y contrarrevolucionarios. Su florido *Jardín de los Suplicios* aumentó en numerosas especies; entre ellas, el seccionamiento del tendón de Aquiles, el baño de pies en agua hirviendo, los guantes de hierro candente y otras amenidades análogas. La reputación, ya bien establecida, del general en jefe acabó de consolidarse. El Gobierno central le confirmó y amplió sus poderes. Pero el dulce Ma era filósofo; sabía bien que la Fortuna es diosa mudable, y que al lado del Capitolio está frecuentemente la roca Tarpeya. Y, por si venía la racha contraria, empezó á prevenirse. En primer lugar, y como las confiscaciones y los despojos de sus víctimas no engrasaban con bastante rapidez su tesoro particular, se apoderó de los pozos de petróleo, de las minas de jade y de las mejores tierras cultivables del país; obligó á las tropas de su mando á trabajar en todas esas explotaciones, sin perjuicio de cobrarle al Gobierno provisional el importe de los haberes de un ejército verdaderamente en cuadro; dió á su hijo mayor y ayudante de órdenes, así como á todos sus familiares, los más pingües cargos administrativos, y, por último, las contribuciones, impuestos y socaliñas cayeron como pedrisco sobre los pacíficos habitantes del Turquestán chino. Los clamores del país achicharrado por el dulce Ma llegaron á Pekín, no obstante ser larga la distancia y nada cortos los brazos que intentaban ahogarlos. Probados los hechos que se denunciaban, envióse contra el amable déspota un Cuerpo de ejército encargado de hacerle entrar en razón. El dulce Ma, sorprendido en plena francachela, pues aunque viejo era aficionado en extremo al vino y á las hijas de Eva, no tuvo tiempo de apercebirse á una defensa en regla; tanto menos cuanto que sus regimientos seguían distribuidos en las minas, en los pozos de petróleo y en las granjas agrícolas.



Cantoras y danzarinas turquestanas que encantaban las horas del general Ma

Las tropas gubernamentales entraron en Kachgar como Pedro por su casa; cercaron la residencia del general en jefe, y tras brevísima lucha con la guardia palatina, y en la que pereció el hijo del tirano, capturaron al dulce Ma, sometiéndole á consejo de guerra sumarísimo. Tanta era, sin embargo, la admiración que sus hazañas pasadas habían creado en torno suyo, que acaso los jueces le hubieran absuelto de sus latrocinios y tropelías, contentándose con deponerle, de no demostrarse testificalmente que el dulce Ma había hecho varios disparos contra las fuerzas del Gobierno desde las ventanas de su palacio, ocasionando las varias y sensibles bajas registradas en la ocupación de la ciudad. Con lo que horas después el dulce Ma era pasado por las armas junto á la puerta principal de Kachgar, la pobre ciudad turquestana durante once años tan amorosamente regida por el gran caudillo revolucionario.

A. READER



El general Ma, general en jefe del Ejército del Turquestán occidental, y su hijo mayor, ayudante de órdenes y comandante de la guarnición de Kachgar



Músicos callejeros que componían la orquesta palatina del general Ma, y que amenizaba las frecuentes orgías del viejo déspota

LOS BELLOS RINCONES MARROQUÍES



Entrada á un santuario mahometano en el barrio moro de Tetuán

FOT. DÍAZ

CÁMARA-FILM

MARRUECOS TÍPICO

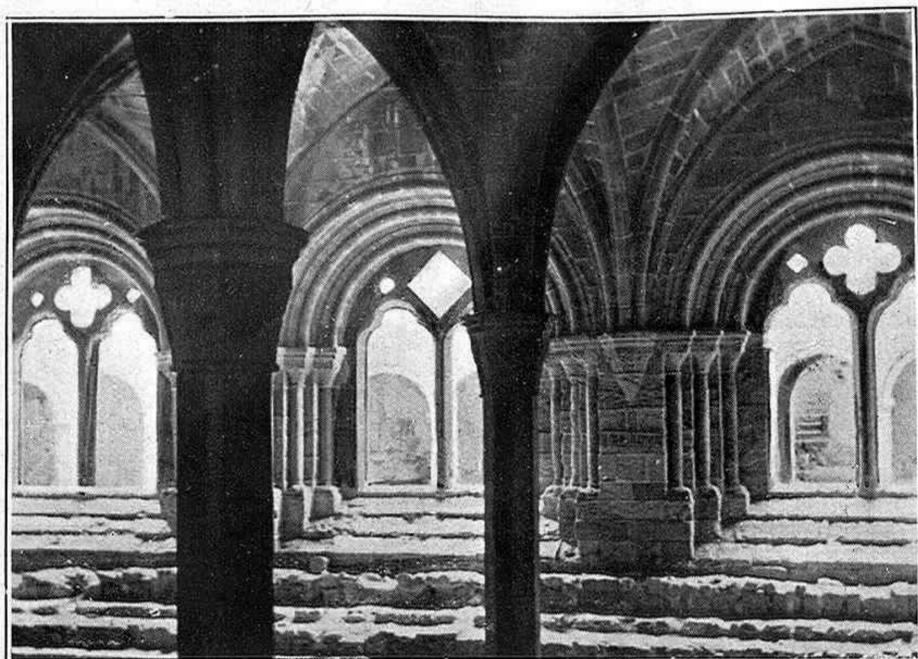


Un pintoresco tipo de vendedora de gallinas en el zoco del Had de Benisicar, en la Zona de Melilla

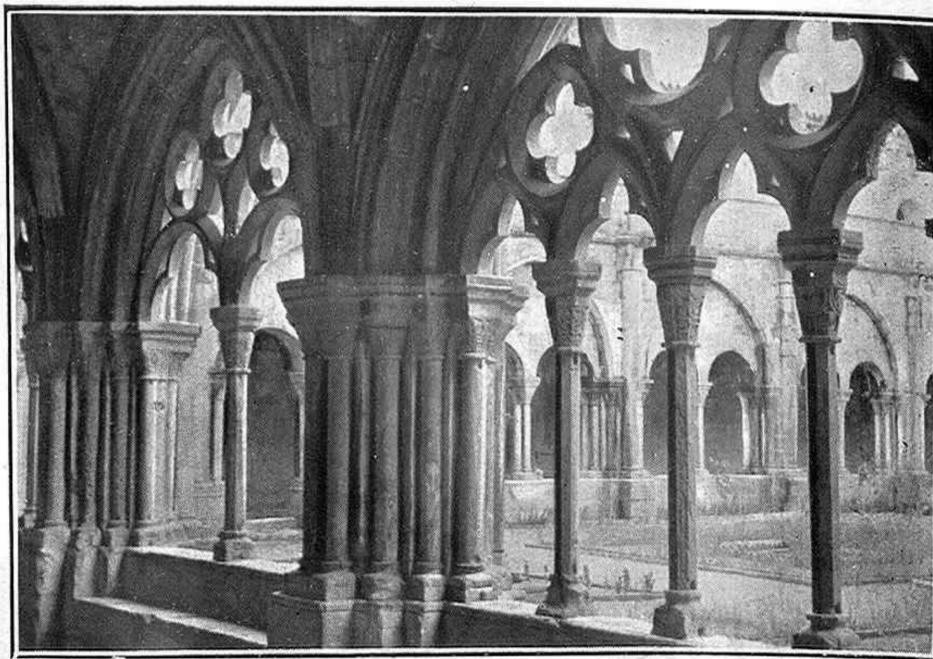
FOT. DÍAZ

CAMARAT

POBLET: SU HISTORIA Y SU ARTE



Sala capitular del Monasterio



Un detalle del interior



Puerta real del Monasterio

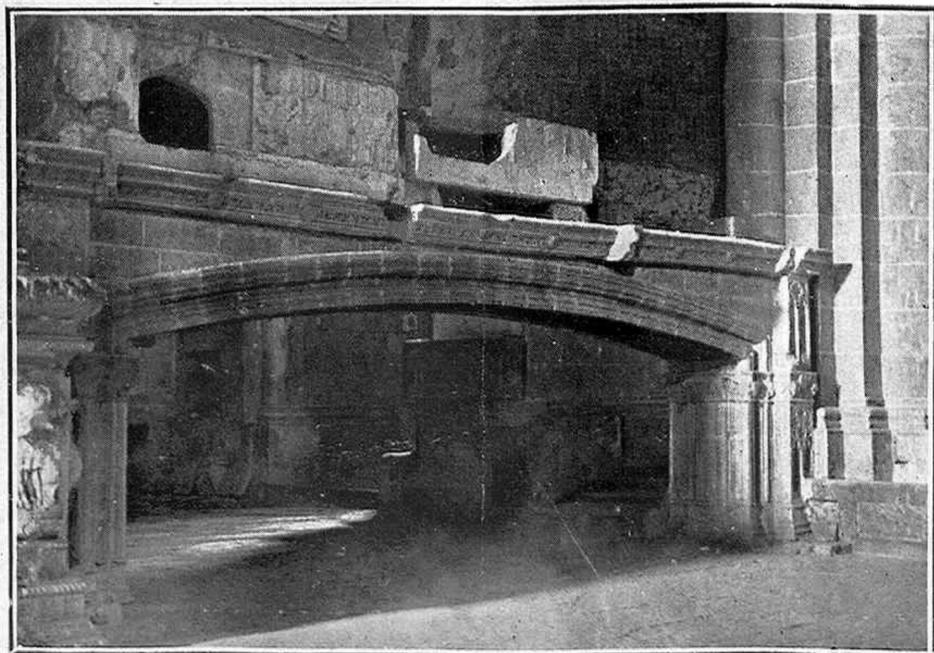
COMO en casi todos los rincones de España donde el Arte abrazó á la Naturaleza para producir la belleza, la leyenda toma parte activísima en este Monasterio de Poblet, que une á sus bellezas arquitectónicas el suave encanto de sus veladas historias de guerra y amor.

Las Guías oficiales dicen, con su frialdad de automatismo, que el Monasterio de Poblet, fundado por el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, debe su nombre al abad Sancho de Fontfroide, quien en

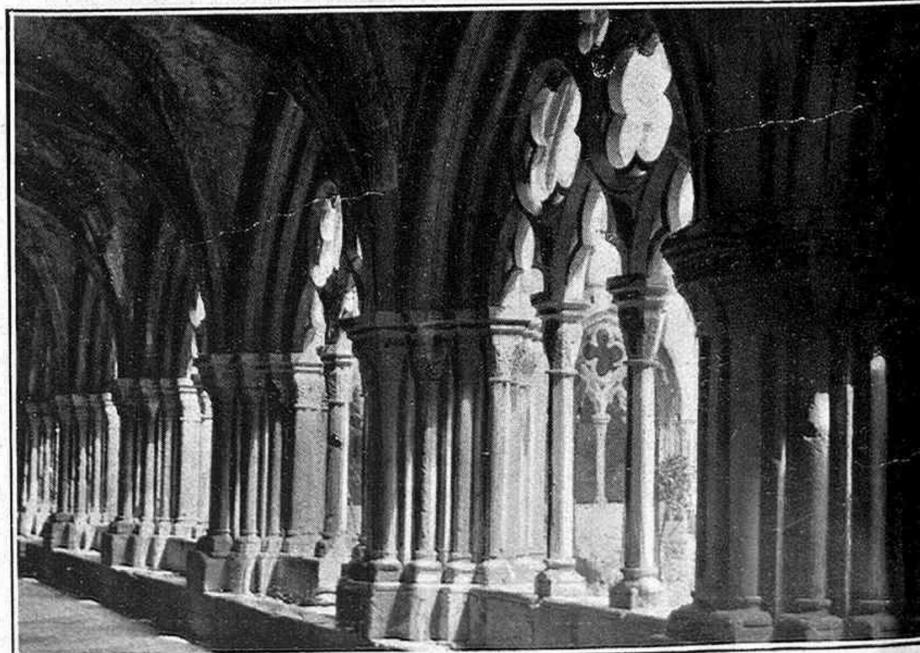
18 de Enero de 1149 tomó posesión del *Hortus de Poblet*, donde las leyendas del país suponen la existencia de un anacoreta pobre, probo y cisterciense.

Una donación hidalga de los vizcondes de Cardona dió á los monjes habitación en tal sitio, y más tarde, á 18 de Agosto de 1151, el abad Esteban recibía la confirmación de sus propiedades de manos de Ramón Berenguer IV con carácter definitivo y vitalicio.

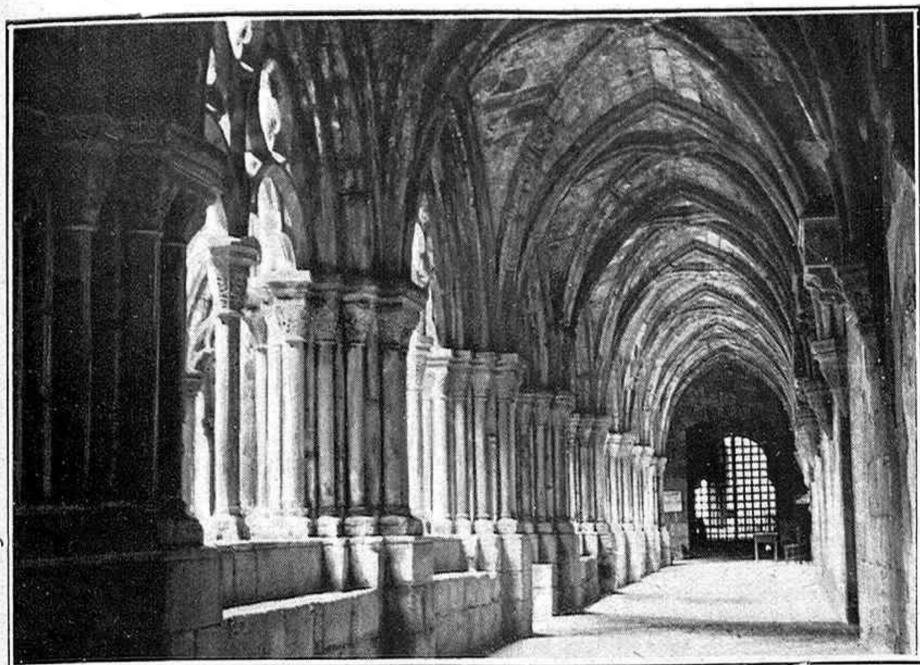
La instalación de la Comunidad en el Monasterio se celebró en el convento



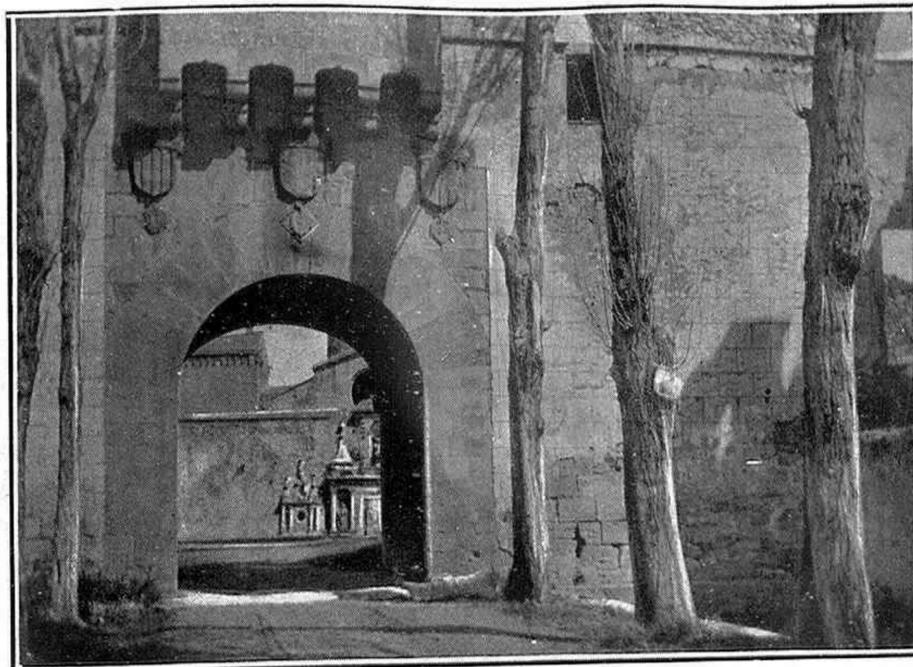
Arcos de las tumbas reales



Un claustro de Poblet



Claustro de entrada del Monasterio



Puerta dorada del Monasterio

como hecha en 7 de Septiembre de 1153 bajo el gobierno del abad Guerao.

Poblet se encuentra remontando el curso del Francolí, y en la vía general Romana que de Tarragona conducía á Lérida, en el mismo camino que la reconquista del siglo XII siguió paso á paso, y que hoy es línea paralela al actual ferrocarril que pasa por Montblanc y la Esplugá á ocho y tres kilómetros respectivamente del Monasterio.

Una gloria de la Orden del Cister, el padre Manrique, dedica á Poblet un elogio calurosísimo en la Historia general de la Institución á que pertenece, y detalla con delectación la vida de los monjes dirigiendo una *Familia* compuesta de conversos, legos, mozos de labranza, guardas rurales, etc., etc., dedicados exclusivamente á la formación y culto de granjas agrícolas y forestales que rodean al Monasterio.

La enumeración de tales granjas y otros derechos y señoríos de Poblet, reconocidos en 1222 por Jaime I y en 1920 por el Papa Honorio III, es objeto de volúmenes interesantísimos en que sucesivamente los abades y vicarios generales del Cister

fueron asentando hasta que por concesión de Pedro IV desempeñaron el cargo de «Limosnero Real de la Corte» acompañando al Rey en empresas de tanto empuje como la acometida en Nápoles por Alfonso V.

Extinguida la Casa Real de Aragón y con ella el dominio sobre los territorios de Poblet, comenzó la decadencia constructiva del Monasterio, pues á pesar de que algunos abades iniciaron obras de estilo Renacimiento puro y que el escultor Forment labró el retablo mayor, de estilo románico, por indicación del abad Caixal en 1526, fué precisamente esta obra el motivo de la sublevación de los monjes, que dió por resultado la reclusión perpetua por «dilapidación y falta de observancia de rito» del repetido abad.

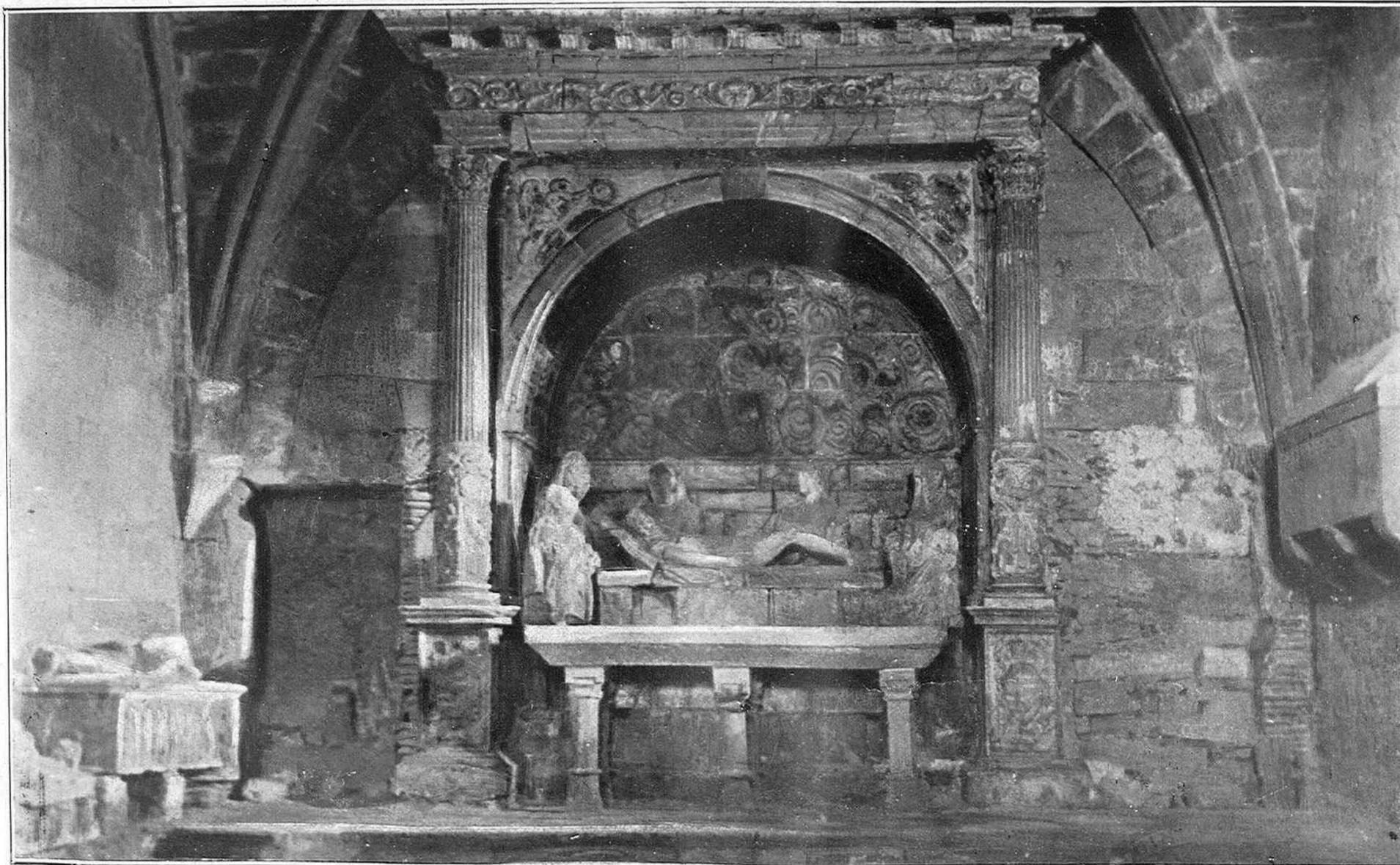
Esta sublevación llegó á ocasionar un pequeño cisma en la Orden, que posteriormente de 1564 á 1583 procuraron corregir y encauzar los abades Guimerá y Oliver con sus órdenes de corrección de estilo arquitectónico en el Santo Sepulcro y en el Palacio Abacial respectivamente. Este último no fué terminado y sufrió en los siglos XVII y XVIII gro-

seras profanaciones de albañilería que más tarde, en 1822, al ponerse en venta las propiedades de Poblet y ser expulsados los monjes por los Somatenes Liberales de los pueblos de la comarca, en guerra encarnizada contra los absolutistas, fueron destruidas y quemadas, así como altares, órgano y coro.

El Monasterio quedó entonces completamente abandonado, y aunque en 1825 fueron repuestos los monjes, ello tuvo carácter provisional, ya que los monjes jóvenes, liberales de su tiempo, se exclaustraron voluntariamente, y los ancianos, al verse aislados, se retiraron á casas particulares de familias y devotos, donde terminaron santamente sus días.

De entonces acá el Monasterio es templo de soledad y amargura. Y lo que no pueden decir las Guías es la emoción que siente el viajero bajo estas bóvedas de afiligranada maravilla y junto á estas columnas de prodigioso sostén, que rozaron hábitos de monje, armaduras de guerrero y ropajes de bandido.

VILA SAN-JUAN



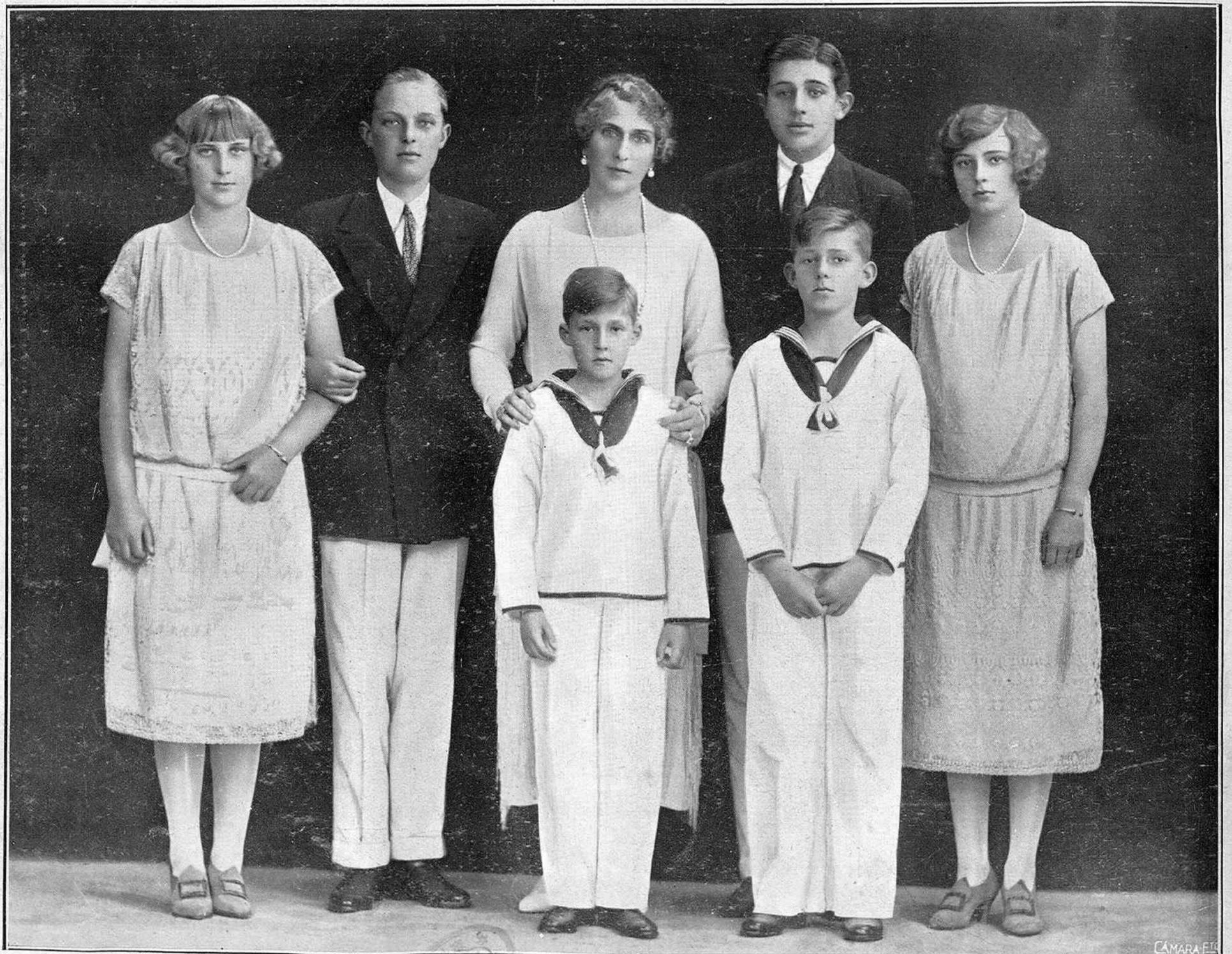
Altar del Santo Sepulcro

FOTS. BLANS

NUESTRA SOBERANA Y SUS AUGUSTOS HIJOS

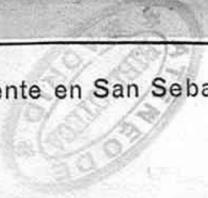


Bello retrato de S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia con sus hijas las Infantitas doña Beatriz y doña María Cristina



Interesantísima fotografía, obtenida recientemente en San Sebastián, de S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia con sus hijos el Príncipe de Asturias y los Infantitos

FOT. RESINES (SAN SEBASTIÁN)



CÁMARA F. I.

DE LA ROMA PAPAL

LA INHUMACIÓN DEFINITIVA DE LEÓN XIII EN SAN JUAN DE LETRÁN

SOLEMNES y en alto grado impresionantes han sido las ceremonias que tuvieron efecto el pasado mes en las Basílicas pontificales de Roma con motivo de la traslación de los restos de León XIII desde su sepultura provisional, en San Pedro, donde reposaban desde hace veinte años, a la Basílica de San Juan de Letrán, histórico templo que ya alberga las cenizas de otros Pontífices, y en el que desde 1907 se hallaba terminado el sepulcro de León XIII, hermosa obra del escultor Tadolini. La inhumación de los restos de León XIII se verificó el 6 de Noviembre, siendo precedida de una misa solemne que celebró el Cardenal Pompili. En las tribunas levantadas contra los arcos de la nave central, cubiertos de negros crespones, tomaban asiento los individuos del Cuerpo diplomático, los altos dignatarios de la Corte Pontificia, los caballeros de la Orden de Malta, la familia Pecci, la nobleza romana y los representantes de las Congregaciones y Ordenes religiosas; los prelados y el Capítulo de la Basílica ocupaban el coro. En el centro de la nave elevábase, rodeado de innumerables blandones, el catafalco, dominado por la tiara pontifical. Terminada la misa, y dada la bendición a los fieles por el Cardenal arceobispo, el cortejo se dirigió al sepulcro de León XIII, procediéndose a la inhumación de las cenizas, después de haber rezado el *De Profundis* el Cardenal Vannutelli, decano del Sacro Colegio.

La iglesia de San Juan de Letrán, llamada «madre y cabeza de todas las iglesias», fué fundada por Constantino el Grande en los terrenos pertenecientes a la familia Laterani, regalándola luego al Papa Silvestre I. En un principio fué denominado este templo Basílica Constantina ó *Sancti Salvatoris*, y después de su reedificación por Sergio III (904 á 911), hubo de ser consagrada a San Juan Bautista, experimentando diversas modificaciones durante los siglos XIV y XV. En realidad, el actual edificio, de estilo barroco, data del Papado de Pío IV,

ó sea de mediados del siglo XVI. La fachada norte es obra de Fontana (1586); la principal, que da frente a Porta San Giovanni, es sin duda la más artística y de líneas más nobles, habiéndola terminado Alessandro Galilei en 1734. De sus cinco ingresos, el del centro posee una hermosa puerta de bronce de gran antigüedad, y a la derecha se halla la famosa *Porta Santa*. El interior de la Basílica consta de una nave central y dos laterales, elevándose

algo el presbiterio sobre el nivel general del suelo. Débese esta disposición a los planos de Giacomo della Porta, que también hubo de dirigir en 1603 la construcción del presbiterio y el magnífico artesonado, dando fin a los trabajos en 1650 Francesco Borromini. El pavimento, de hermoso mosaico, procede de la décimaquinta centuria. Por último, la serie de reformas dió término en 1885, fecha en que se hizo retroceder hasta el fondo del templo la tribuna

y el coro. Fué idea de Borromini agrupar las antiguas columnas en pares formando cuerpo con el muro, donde se erigieron altares con las estatuas colosales de los Apóstoles. Sólo se conservaron de la primitiva columnata dos columnas graníticas que aún se yerguen a derecha e izquierda al término de la nave central. Cuatro suaves gradas llevan al presbiterio, cuyo centro lo ocupa el *Altare Papale* reservado para el Pontífice, y en el que hay un tabernáculo de 1369. Entre otras reliquias conservadas en este altar se hallan las cabezas de San Pedro y San Pablo. A su izquierda está emplazado el gran Altar del Sacramento, con cuatro columnas antiguas de bronce procedentes de la primitiva Basílica de Constantino. El monumento funerario de León XIII, y en el que han recibido sepultura definitiva los restos del citado Pontífice, está situado a la izquierda del coro, haciendo *pendant* con el de Inocencio III, cuyas cenizas fueron traídas desde Perugia en 1892. El coro, revestido de costosos mármoles, y el ábside con sus admirables mosaicos de fines del siglo XIII, donde pueden contemplarse bellas representaciones del Salvador, la Virgen, Nicolás IV y los Santos Francisco, Pedro, Pablo y Juan Bautista, son verdaderamente notables. En una de las naves laterales, un Giotto de exquisito colorido reproduce la escena en que Bonifacio VIII, entre dos Cardenales, proclama el primer jubileo, en 1300. En la nave opuesta, enfrentando la capilla de la familia Torlonia, destaca su rica decoración la de Sant'Andrea Corsini, obra de Galilei.



Fachada principal de la Basílica de San Juan de Letrán, construída por Galilei en 1734



Interior de la Basílica de San Juan de Letrán, donde han sido inhumados definitivamente los restos de León XIII





Aspecto del interior de San Juan de Letrán durante los funerales que se celebraron al ser trasladados los restos de León XIII desde la Basílica de San Pedro a su sepultura definitiva en dicho histórico templo



No hay
misterio

Estar alegre, fresca,
animosa, durante
todo el día, es cosa
bien al alcance de
usted. Lo conseguirá,
sencillamente,
cuidando de echar
en el agua, al tiempo
de bañarse, un
buen chorro de

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Tonifica los nervios, da vigor
y elasticidad a los músculos
y refresca la piel. Siguien-
do ese consejo y usando
siempre Jabón Heno de
Pravia, tendrá usted el cutis
fresco, sano, terso y suave.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFÍE USTED
de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más redu-
cido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden
a los mismos precios que en sus tiendas al detall. Es lógico sospechar
de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.



LAS UVAS DE ALMERÍA

HACE años habíamos estado otra vez en Almería, sacando como impresión de viaje un pesimismo doloroso en nuestro corazón meridional «Por qué ha de haber—nos preguntábamos—pueblos tan dejados á las inclemencias del Destino, cuando bastaría á mejorarles su suerte un poco de piedad y de amor patrio?» Veníamos procedentes de Sevilla y Granada, que mostraban felices toda su pompa oriental de primavera. Por eso nos llegó más á lo vivo el contraste de algunos poblados miserables sobre una capa rica de mantillo; de las tierras diseminadas, sedientas, eriales y rocosas; de los proletarios de la capital sin faena que dar á sus brazos y sin humo de pan caliente en los hogares; de la quietud del puerto, que por su inmensa ventana abierta á los mares parecía enviar la queja de sus cuitas á otras naciones más aplicadas en la explotación de sus riquezas y en la propaganda comercial, que es bandera de prosperidad y de trabajo.

Recabamos de algunos amigos explicaciones sobre el caso de esta Cenicienta de España. En Madrid creen—nos decían al hablar de hierros—que nadamos aquí en riqueza abundante, y los Gobiernos parecen opinar que pedimos amparo por egoísmo. Los filones de metales que atesora la provincia no se pueden poner en explotación por falta de medios de transporte económico (ferrocarriles, tranvías), necesario en todo negocio minero, y que aquí, medianamente explotado, nos produciría esplendor.

«Por otra parte—nos seguían informando—, el cultivo de las uvas que alcanza ya fama en todo el mundo, se desarrolla con tal desorganización como negocio que tampoco abre una clara en nuestro brumoso porvenir.»

Esto nos lo decían hace tres años. Ahora, cuando volvemos á la bella ciudad mediterránea, la ve-

mos con agrado iniciada en tácticas de utilidad y progreso. Se halla Almería en plena época de exportación. En el puerto existen castillos de barriles envasando las uvas de cera y oro. Los buques zarpan ordenadamente para llevar á los mercados internacionales el fruto sin rival. Ya no se hace la campaña sin orden ni concierto; ya no se tolera, como antes, la merma en el peso, ni los fletes alcanzan el máximo egoísmo de consignatarios y armadores, ni embarca primero quien da mayor propina, ni se remesa fruto deficiente.

Hoy se ha regularizado la campaña merced al talento de algunas personalidades que no citamos, y se desenvuelve con equidad y resultado tan positivo y legal que los pobres «parraleros» andan por aquí saltando de gozo y con el corazón abierto á la esperanza...

Han dejado su rutina agarena y se han unido, ¡al fin!, aceptando normas que sostienen en los mercados extranjeros alto el precio y alto el prestigio de la exquisita mercancía.

Al decir se *han unido* queremos aclarar la palabra, que alarma en este país de los gremios que desunen al consumidor. Los «parraleros» de Almería se han unido bajo la denominación de Cámara Oficial Uvera con el asentimiento del Directorio, para no perecer. Que era muy amargo el éxodo que padecían todos los años, después de haber conseguido plantar unos parrales como último y supremo esfuerzo en ansia de vida, sudando lágrimas sobre el suelo rocoso, allanando cerros, acarreando tierras de uno á otro lugar, pulverizándolas con la dinamita y con las uñas...

¡Qué hermosa exposición hace del problema Victoriano Lucas en el folleto que ha servido de punto de partida á tiempos mejores, consiguiendo que el Directorio haya prestado justa atención á los agricultores de Almería!

Ya empiezan á recibir trato mejor los cultivadores de la fruta preferente en las comidas del alto mundo del dinero y de la fama. Las famosas uvas de Almería se distinguen de todas en la sabrosidad de su carne, que puede cortarse secamente, como dulce de membrillo. Su sabor especial y la densidad de sus jugos aromáticos se deben á la sequedad del terreno y su formación geológica, casi volcánica, única para estas parras exclusivas de Almería. Así lo hace notar en una famosa obra Pacotel, célebre agrónomo francés. A esto se debe indudablemente la predilección que hacen de ellas todos los higienistas del mundo, empleándolas en sus sanatorios para tratamiento de multitud de enfermedades. Y cuando el Gobierno inglés prohibió á causa de la guerra la entrada de frutas en su territorio, aun las de sus propias colonias, por consejo de los hombres de ciencia de aquel país, se hizo una excepción á favor de las uvas de Almería, por considerarlas insubstituíbles para los enfermos y convalecientes de la campaña.

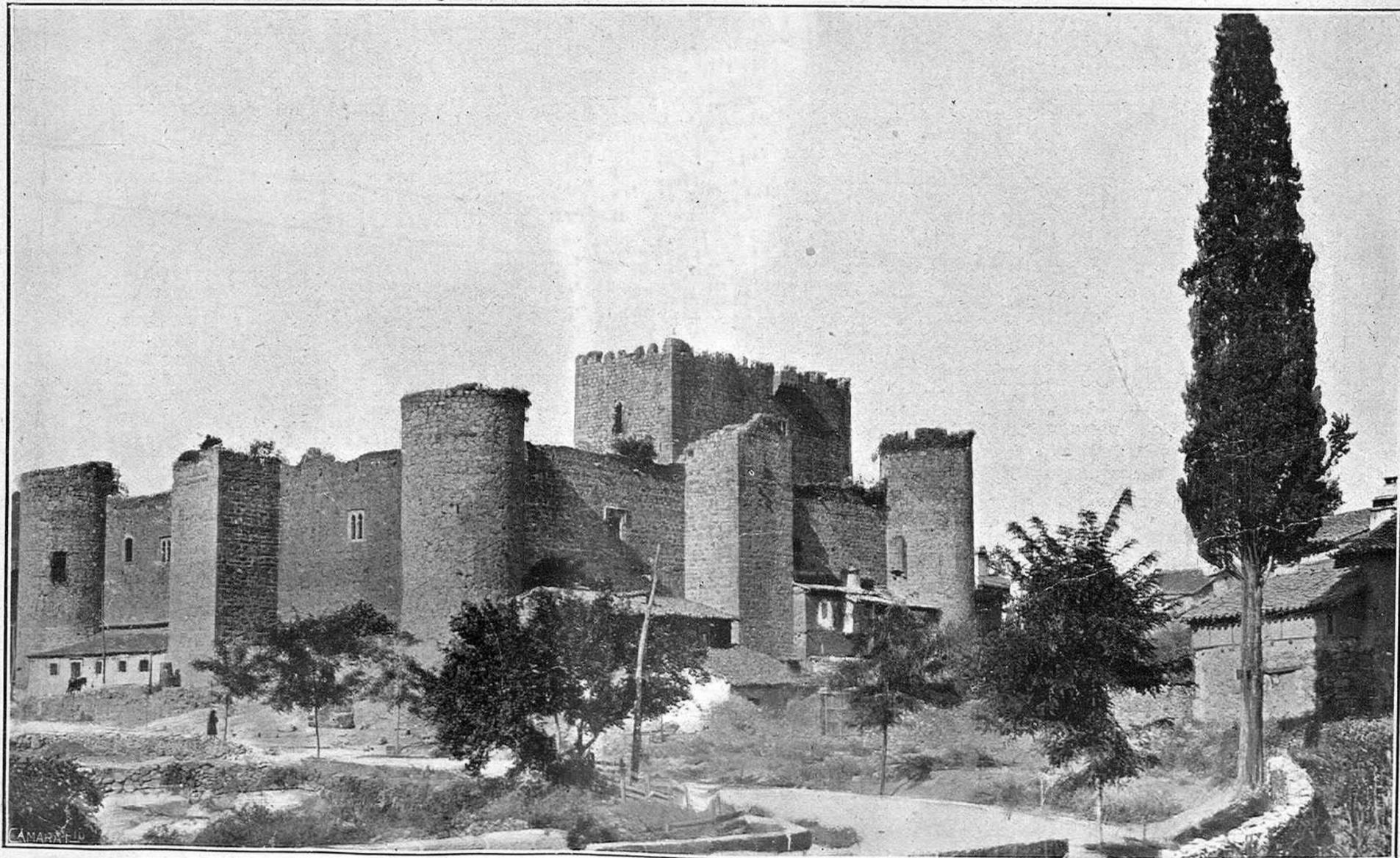
He aquí, en cambio, como paradoja, el hecho de que estas uvas no se vean en Madrid, en Barcelona ni en Castilla, á causa de que las Compañías ferroviarias prefieren no transportarlas antes que transportarlas á precio reducido, costando siete pesetas facturar á Madrid el barril de uvas que se manda á Londres por dos...

Muy conveniente sería condicionar trenes y tarifas fruterías de Almería al interior.

Algo esperan también en este sentido del Directorio y de las Compañías los agricultores de Almería, dignos, ciertamente, de amparo y ayuda, que bastantes años han sufrido olvidados de la vieja política mientras sudaban lágrimas sobre las tierras de mantillo.

ANTONIO ZARAGOZA RUIZ

RELIQUIAS HISTÓRICAS



Castillo de Arenas de San Pedro, edificado, según la tradición, por el Condestable Dávalos

FOT. CAMPÚA

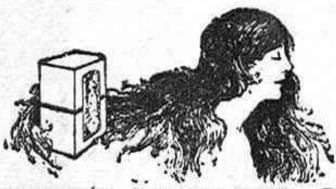


Mujeres Enmascaradas

El enmascararse la cara con polvos, cosméticos, lociones y cremas, podrá engañar a uno mismo, pero no engaña a nadie más. Un cutis así embadurnado siempre se nota que lo está, y cuanto más tiempo se le lleve así, más se le dañará. La idea de querer ocultar los granos, manchas y faltas de la cara con cosméticos y polvos, es un gran error. En vez de enmascarar el cutis, purifíquese con el Ungüento Cadum. Simplemente aplíquese un poco de Ungüento Cadum sobre la parte defectuosa al acostarse, y mientras se duerme tendrá lugar el proceso cicatrizante y curativo. Al poco tiempo los granos y defectos desaparecerán, y la belleza de la cara volverá a su estado normal.

No hay cutis tan hermoso como el natural, y ninguna mujer con la cara embadurnada podrá esperar ser tan atractiva como la mujer cuyo cutis ha adquirido un estado saludable por medio del Ungüento Cadum. El masaje por la noche con Cold Cream y Ungüento Cadum en partes iguales, conserva la piel en muy buen estado. Muchas afecciones de la piel podrían evitarse usando a tiempo este maravilloso remedio. Hace cesar al instante la picazón, y es muy calmante y cicatrizante, dondequiera que la piel esté irritada o inflamada. El Ungüento Cadum es bueno para el eczema, granos, manchas, excoriaciones, sarpullido, empeines, cortaduras, picaduras de insectos, etcétera. PRECIO: 2 PESETAS en toda ESPAÑA.

Ungüento Cadum



Agua **RADIUM**

CABELLO y BARBA

CORTÉS HERMANOS, BARCELONA.

TINTURA
INSTANTANEA

Matices naturales y permanentes.
Una aplicación cada tres meses.
Negro, castaño oscuro, castaño claro, etc.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO



Tintes
Burholt

LOS MEJORES
TINTES DOMESTICOS
LAVABLES
NO DESTINEN

HELIOS

Anuncios "PUBLICITAS"

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6



ROLDÁN

Camisería

Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85

Teléfono 35-80 M.

MADRID

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana.—MÁLAGA

TINTAS LITOGRAFICAS
Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

BARCELONA

Lea usted **NUEVO MUNDO**

PARA ADELGAZAR
EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas irasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

Se ha puesto á la venta el número de este mes de la hermosa Revista

ELEGANCIAS

Suma y compendio de la novedad y la distinción
Precio del ejemplar: 3 ptas. en toda España



ALCOHOLATOS

PARA EL TOCADOR Y EL BAÑO

de Acacia, Clavel, Heliotropo, Jazmín, Lilas, Rosa, Violeta y Nardos.

DELICIOSO PERFUME

ALCOHOLERA ESPAÑOLA. - CARMEN, 10

Envíos á provincias y al Extranjero

Almomonas

Anusol-Goedecke

acreditado desde hace más de 25 años. Quita pronto los dolores que a menudo son crueles. El Anusol hace posible una evacuación ventral agradable. Desinfecta, deseca y cura las superficies inflamadas, llagadas y húmedas. No contiene componentes narcóticos y nocivos. Introdúzcase por la mañana y por la noche 1 Supositorio en el recto
De venta en todas las farmacias

Goedecke & Co., Chem. Fabrik u. Export-Aktiengesellschaft, Leipzig

FABRICA DE SALAZONES — ESPECIALIDAD EN ANCHOAS
Exportación á todo el mundo ANTONIO ROMANACH FERRER
Almacenes y despacho: Carretera de Málaga, 3, ALMERIA

Lea Ud. MUNDO GRAFICO

CONSULTE
GRATIS SUS
PROBLEMAS
DE PROPAGANDA

PUBLICITAS

MADRID
GRAN VIA, 13
SECCIÓN TÉCNICA

HELIOS

BARCELONA
RONDA SAN PEDRO, 11
SECCIÓN TÉCNICA

FAJMA

Maravillosa. Crema de Belleza - Inalterable - Perfume suave

REINE DES CRÉMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España Agente: J. ROS y Cuesta Santo Domingo. MADRID

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

MUY PRONTO

en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao
estreno de la película

EL JEFE POLÍTICO

Adaptación de la magnífica novela de

"El Caballero Audaz"

editada por los Establecimientos «Hugón-Film», de París

El cinedrama más suntuoso de Europa
El más emocionante
El más perfecto

La acción en Madrid, Mallorca y Castilla

Magistral intérprete: RENÉ NAVARRE

Intervienen 4.000 artistas

Todos los Cinematógrafos de España que deseen proyectar esta película deben dirigir sus condiciones al representante:

JOSÉ DE LA MILLA
GENERAL PARDIÑAS, 16, MADRID

DIAZ FOTOGRAFÍA

:: DE ARTE ::

FERNANDO VI, 5. — MADRID



My Dear

Exquisitos
cigarrillos

ANUNCIOS PUBLICITARIOS